

T O S O S
LA VIDA DE UN PUEBLO ARAGONES
A PRINCIPIOS DE SIGLO

por
PEDRO OROS SERRANO

I

1. *Su situación*

PERTENECE Tosos a la provincia de Zaragoza, distante de su capital unos 50 kilómetros, situado a la izquierda del río Huerva, entre los pueblos de Aguilón, Herrera, Aladrén, Vistabella, Paniza, Cariñena, Longares y Villanueva; asentado sobre una ladera que lo resguarda del Cierzo y le favorece el sol saliente. En lo judicial pertenecía a Belchite, a 7 horas, hasta el año 11 ó 12, que pasó a Cariñena; ahora pertenece a Daroca.

2. *Sus límites*

Por el E. limita con los términos de Aguilón y Herrera; por el O. con los de Cariñena y Longares; por el S. con los de Aladrén, Vistabella y Paniza, y por el N. con Villanueva.

3. *Su población y extensión*

Tendría una extensión superficial de unas 7.843 Has., grande, y una población de 200 vecinos, o sea unos 800 habitantes, aunque pronto empezó a disminuir por la emigración, no llegando hoy a los 500 habitantes.

4. *Sus comunicaciones*

Eran todas de caminos de herradura, por lo que, ni por los mejores, tan apenas podían circular los carros. A una hora pasaba la carretera de Cariñena a Escatrón, hasta que, por el año 7, se construyó la de Muel-Herrera, y por el 14, se unían ambas con el camino vecinal, pasando por el pueblo, actualmente bien asfaltada, que lo pone en comunicación con la capital.

5. *Sus tierras*

El río Huerva atraviesa su término de S. a N., desde El Santo y Las Torcas, entre los de Herrera y Aladrén, hasta el de Villanueva, en un recorrido de unos 12 kilómetros, formando una hoya o profundidad con desnivales a ambas orillas que forman laderas, barrancos y pequeñas llanuras, más cortas y pobres en la derecha que en la izquierda, ofreciendo tierras de regadío principalmente en las proximidades del pueblo. En dichas laderas, resguardadas del Cierzo, se cultivan viñas de buen vino, que hoy han sido sustituidas por pinos, llevado acabo por la Repoblación Forestal. Trasponiendo este terreno de laderas y barrancos del lado izquierdo del río se presenta una extensa llanura que llega hasta los términos de Paniza, Cariñena, Longares y Villanueva, en la cual se cultiva la mayor riqueza del pueblo, de viñas y campos de cereales, con pequeños bosques de pinos y carrascas, como la Dehesilla del Marqués, el Carrascal de Cariñena y el Pinar de Villanueva, salpicada dicha llanura de parideras que guardan sus ganados de lana, y, junto a ellas sus navallos de frescas aguas. Y dominando la llanura, las eras, con sus corrales, bodegas y pajares que rodean la ermita de Santa Bárbara, patrona del pueblo, muy querida de sus habitantes, pues en ella confían su protección y cuidado, así como las de su cosechas y animales.

6. *Sus aguas*

El río Huerva, crecido y abundante en invierno, en verano, a veces, solía secarse, pero no por ello carecían de agua, que la tenían de sus manantiales y balsas o navallos; aguas frescas, claras y potables. Las fuentes eran las del Pez, la del pueblo, la de Lanuza, Molino Bajo, todas ellas en la ribera; además en el monte, las de Fontanillas, Lázaro, Aguas Vivas, Paridera Vieja y otros, y los navallos de Jambres, Balseta, Ermitaño, Cabezo, Pablicos, Ortiz y otros, cuyas aguas procedentes de las lluvias, aunque turbias, eran agradables y con pececitos de colores. La del Pez era extraordinaria por abundante. Las tormentas de verano producían torrenceras que afluían al río desbordándolo y anegando las huertas, causando la consternación y ruina de sus dueños, siendo la mayor la del 16 ó 18 que la arruinó. Actualmente, con el pantano de las Torcas aquellas ruinas han desaparecido, este peligro se ha evitado. Ejemplo de tozudez aragonesa lo dio el «tío Calvo», que tenía su huerto en la orilla del río y siempre que ocurría una riada, se llevaba el huerto para reconstruirlo de nuevo, hasta que, falto de fuerzas, abandonó su intento y el huerto desapareció.

7. Su clima

La situación del pueblo, como hemos visto, le favorece, no así en la llanura, en donde el viento corre y azota que se las pela; por esta razón, decía el párroco, mosen Gabriel Azuara, que era Tosos, por su clima, despacha forasteros. Lo abrupto del terreno le hace penoso en sus desplazamientos; pero ganada la llanura, se siente el caminante triunfante y apecha el camino, hasta al tajo o pueblo cercano o lejano, sin temor al frío o al calor, al viento, lluvia o nieve y ventisca. Hacía entonces más frío y más calor; nevaba y helaba más; apedreaba y se inundaban los huertos con más frecuencia, calamidades éstas que hacían clamar a nuestras buenas madres y que a nosotros, pequeños, nos tenían amedrentados; los inviernos se hacían duros e interminables; pero venía la risueña primavera y abría la esperanza a nuestros tiernos corazones; y el otoño con sus sabrosos frutos de melocotones, peras, nueces, uvas, etc., abrían nuestro apetito, muchas veces con perjuicio ajeno no respetando su propiedad, deteniéndonos únicamente cuando asomaba el guarda en donde había una cabaña que guardaba sus codiciados frutos.

8. Sus productos

En la huerta, no extensa, pero lo suficiente para las necesidades del pueblo y aun para las de fuera, se cultivaban frutales, hortalizas, patatas, judías, etc., para los vecinos; hierbas y forrajes para sus animales. En sus tierras de secano viña, principalmente de buen vino, como en todo el Campo de Cariñena, que exportaba a la capital y provincias; pero apareció la filoxera y se secaron las cepas. Había ganado abundante de lanar y cabrío, que pastaban en dehesas, campos y viñas en hierbas; las caballerías, en días festivos, iban a la «dula», a la llamada «caracola», lo mismo que las cabras de los vecinos, a la «bicera». En los corrales se criaban gallinas, cerdos, conejos, etc., en el monte se cazaba la perdiz, el conejo, la liebre, alimañas, pájaros, y en el río se pescaba el barbo, el cangrejo, la madrilla y la rana. La leña se sacaba de sus viñas, dehesas, romerales y arboledas, así como el carbón de sus encinas y pinos.

9. Sus fósiles

En la partida de los «Aliagares», junto al término de Aguilón, existe una hondonada en cuyo fondo hay una verdadera cantera de fósiles, procedentes de animales marinos, que de niños lla-

mábamos «pitas» y que, escarbando en la tierra, salen unas enteras y otras en trozos de dichos animales. Ello prueba la existencia del mar en dicho lugar y los miles de años que tuvo lugar. Es digno de visitar y de guardar como lugar de estudio.

10. *Sus peñas*

La parte alta del pueblo está toda ella jalonada de grandes peñas, unas cinco, como monolitos, siendo las principales las llamadas «Domingo Marín» y «Chiquita», ésta no por pequeña, sino por lo grande, pues tendrá unos 20 ó 30 mts. de altura, de pequeña base y gran cabeza, que parece imposible pueda sostenerse así; por esta razón hay quien opina que debería abatirse, por el peligro para los vecinos que debajo de ella viven; pero no hay tal peligro y dichos vecinos viven tranquilos y el pueblo la guarda como su ornato y con orgullo. Otra parecida a éstas, pero más pequeña, existe frente al antiguo apeadero y del mismo origen, que, a nuestro entender, es que con el transcurso de millones de años las tierras próximas a ellas han sido arrastradas por las aguas y han quedado así como parte rocosa del terreno. Hay otras peñas de otra naturaleza y origen, entre ellas las del «Rayo» y la de «Peña Tajada». La primera, debajo del pantano de las Torcas actual, que dice la tradición que un rayo cayó en ella y la desgajó en bloques y que yacen al pie de ella, sepultando a un pastor con su rebaño, que debajo de ella se refugió de la tormenta. La segunda, un poco más abajo que la anterior y en la orilla opuesta del río que ésta, ofrece un tajo por donde cruza un camino y debajo existe una cueva en la misma roca producida por la erosión del agua del barranco que afluye a ella, obra igualmente de millones de años, y también digna de verse.

11. *Sus cuevas*

En el camino del cementerio viejo, en lo alto de la ladera, existen unas cuevas llamadas «Del Castillo», a las que sólo las águilas pueden llegar, aunque algunos atrevidos jóvenes lo consiguieron. Estas parecen haber sido en su origen guarida de fieras, pero en ese caso estarían a ras de tierra, y, de ser así, cuántos años habrán pasado desde entonces para dar lugar a una erosión del terreno tan grande, sucediendo como en las peñas anteriores. Hay otras cuevas, como la del «Cajo», que está debajo de aquéllas, junto al camino dicho, que no tiene ningún valor histórico y las del barrio de este nombre, en la parte baja del pueblo, que son habitaciones o casas y que, tal vez, fueran las primitivas habita-

ciones que se construyeran; además, la que hemos dicho de la «Peña Tajada» y alguna otra sin importancia.

12. *Sus restos históricos*

Varios son los restos históricos que podemos señalar, que son los siguientes: 1.º Junto a la balsa de «Jambres», en el camino de Longares, donde debió existir un antiquísimo poblado con este nombre pues se notan restos de muros y se han encontrado monedas y basijas de alfar. 2.º En «El Santo», junto a «Las Torcas», existen restos de una iglesia de estilo románico y allí vimos una imagen mutilada de San Bartolomé (que se la llevaron los rojos cuando se apoderaron de aquel lugar). ¿No sería la iglesia del antiguo y desaparecido pueblo de Alcañicejo, pues está situado en dicha partida de Alcañiz actual? 3.º Debajo de la torre de la iglesia, junto al desaparecido corral del cura, existía parte de un arco gótico. ¿No sería resto de la antigua iglesia allí construida? Además, la también desaparecida casa del cura parecía ser más antigua que la actual iglesia, que data del siglo XVIII. 4.º También deben ser de la antigua iglesia unas tablas de estilo gótico, existentes en el altar mayor de la actual, como varios cuadros más, todos ellos de estilo anterior al de la iglesia. 5.º En el archivo parroquial existe el libro de nacimientos, que aranca de principios del siglo XVII, después de la expulsión de los moriscos, que debió haber bastantes en el pueblo. Entre ellos encontramos los de mis ascendientes, lo que prueba la antigüedad de ella. 6.º En el camino de «Las Torcas» existen los restos de una atalaya o castillo moruno o romano, como el de Cadrete, sobre una roca que da acceso al Huerva, que debió ser como vigía de la ruta del río. La tradición cuenta que tenía comunicación subterránea con dicho río, cosa no probable, aunque se ha observado profundidad en ella. 7.º Hasta por el año 10 ó 12 existió un granero, llamado de «Las Campanas», fecha en que debió ser quemado no sabemos por qué causa, el cual se llamó así porque debió hacer de iglesia mientras se construyó la actual, que quizá por haber prestado su dinero el Marqués par esta construcción, el pueblo, agradecido, le donó est egranero, así como la Dehesilla, y disfrute de las yerbas del pueblo, sin otra obligación por parte de éste que ceder la leña de dicha dehesilla para alimentar el fuego del horno de pancocer, que también era de su propiedad, lo cual produjo, años después, un pleito del pueblo, que lo perdió. 8.º Hasta mediados del siglo pasado el cementerio estuvo situado en la replaceta de la iglesia, como lo prueba los restos humanos que salen a flor

de tierra, con lo que es otra prueba de que junto a él estaría la antigua iglesia. 9.º La fundación del Marquesado data del año 1704 y su palacio se construyó en 1.700, como lo acredita la fecha que se ve junto al reloj de sol aparece en varios edificios importantes de la localidad, lo cual constituye una época común a todos ellos.

13. *Su pasado histórico*

Por todo lo expuesto anteriormente podemos saber algo de su historia. De su nombre no sabemos si vendrá de *Todo Osos*, por los muchos que existieron en tiempos antiguos, pues decían los antiguos que éstos llegaban hasta el pueblo por las noches, procedentes de los bosques contiguos que eran muchos. O tal vez de *Tozos*, *Tozas* o *Tosas* por los peñascos inmediatos. Nada en concreto podemos afirmar. De un escrito del señor Castillo Genzor, publicado en «El Noticiero», añadimos sobre la historia local lo siguiente: El anterior pueblo de Tosos debió ser Alcañicejo, el cual fue rescatado a los moros por Alfonso I en 1123, después de conquistar a Cariñena, siendo donado por dicho rey a los hermanos Fruela y Pelayo. Durante los años 1147 y 1171 no aparece el nombre de Tosos en la relación de pueblos del obispado de Zaragoza, según las bulas de los papas entonces reinantes. Y a partir del siglo xiv es dueño de Alcañicejo don Juan Ximénez de Urrea, señor de Biota y El Bayo, implicado en las luchas de la Unión contra Pedro IV el Ceremonioso, pereciendo en la pelea o batalla de Epila en 1348, luchando contra las tropas del Rey, comandadas por don Lope de Luna, siendo confiscados sus estados de Alcañicejo, Luco, Aladrén y Paniza, juntos con los de El Bayo y Biota. Los primeros los vendió el monarca a la comunidad de Daroca en 1348 por 40 mil sueldos jaqueses, que los retuvo hasta el 1357, en que fueron devueltos a la Corona, pasando al dominio de don Alvaro García de Albornoz por donación del Rey, pero lo rescindió éste en 1372 para dárselos de nuevo al caballero Gonzalo González de Lucio y a su esposa doña Violante. Entretanto la casa de los Heredia había ido cobrando importancia en Aragón, culminando en don Juan Fernández de Heredia, Gran Maestre de Rodas, que, como tronco de la Casa de Fuentes, no sólo fue suya esta villa, sino también Tosos, Fuendetodos, Botorrita y Jaulín, siguiendo en 1524 como dueño absoluto. En un pleito que sobre pastos, sostuvo este magnate con los pueblos de Aguilón y Villanueva se señala la circunstancia de que entonces existía en Tosos una corta nómina de pastores oriundos del Bearn, cuyos pasto-

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

res se beneficiaban por arriendo con el señor de la villa. A esto pregunto yo: ¿Y no serían estos bearneses los que vinieron con Alfonso I a la conquista de Alcañicejo y con éstos algunos vecinos de las localidades de Oros junto a aquella región pirenaica, siendo alguno de ellos mis antecesores con este apellido? Tal vez; es una suposición, pero ya hemos visto que dicho apellido es antiquísimo en el pueblo.

Sigamos. La Casa del Fuentes retuvo este Señorío hasta el siglo XVII, en que lo compró la familia turolense de Pérez Arnal y Marcilla a la familia de Heredia para traspasarlo a principios del XVIII a la de Ulzurrun de Alsanza, gentilhombre de Felipe V, que le concedió el título de Marqués de Tosos en 1704, cuya familia lo ha conservado hasta hace pocos años, en que fue vendido y repartido entre los pueblos de Tosos, Aledrán, Vistabella, Paniza y Cariñena cuando debería haberse hecho directamente y solamente a Tosos por conducto de su ayuntamiento, pero desgraciadamente para él no fue así y por tan poco dinero, que, creo se pagó a cinco duros la junta, poco más o menos. No se puede negar que fueron generosos los vendedores.

II

1. *La propiedad y el marquesado*

La propiedad de las tierras estaba repartida entre el Marqués y el pueblo*; el primero poseía la mayor parte y la más rica, pero la más estéril y abandonada: el monte Alcañiz o Romeral, las Torcas, la Dehesilla, el Santo, el Molino Alto, con sus huertas, el palacio con su hermosa huerta, horno de pancocer, graneros, parideras, corrales, pajares; tierras y casas que unas las administraba el Administrador y otras las daba en arriendo a los vecinos por poco dinero; total, propiedad de mucho valor pero que le producía poco al Marqués. ¡Cuánto mejor hubiera sido que las hubiera cedido en su justo precio al pueblo para que éste le hubiera dado más rendimiento como lo hizo por el año 40, pero no al pueblo, sino a éste y a los pueblos vecinos!

El resto de la propiedad estaba repartida entre los vecinos, que unos pocos lo eran de abundantes y buenas tierras, con hermosas casas solariegas, administradas directamente y con ayuda de criados para el laboreo de sus viñas, campos, huertas y gana-

* El comprador directo de las tierras del Marqués fue don Casimiro Lobera, hijo del pueblo y vecino de Zaragoza, el cual las revendió en lotes a vecinos del pueblo y a otros de los pueblos lindantes.

dos. Otros, más abundantes lo eran de la clase media, que poseían también sus tierras de secano y de regadío, con su casa propia y que las trabajaban directamente con su par de mulas o una sola y coyundar con el vecino, y una mayoría de la clase jornalera, que poseía algún trozo de tierra de viña, huerta, dependiendo, principalmente, de su jornal, que no era diaria y con casa pobre o genrealmente alquilada. No poseerá más caballería que un burro para ir al tajo o llevar la carga.

2. Sus casas

La casa más importante del pueblo era, como es natural, la del Marqués; casa señorial, situada en la plaza y calle Mayor; edificio construido en 1700, de tres plantas: la baja, del Administrador, la alta, del Marqués, y los graneros, en la parte superior y trasera. Su fachada, de unos 50 ó 60 metros de larga, tenía rejas para las habitaciones bajas, balcones 5 ó 6, en las habitaciones nobles, y ventanas, en los graneros y desvanes; puerta principal, alta y majestuosa en la entrada, que da paso a un amplio patio enlosado; claustros que dan acceso a las habitaciones del Administrador, y gran escalera que conduce a las regias habitaciones del Marqués, lujosamente amueblada, con cuadros familiares y capilla donde oía misa aquél las pocas veces que venía al pueblo, ya que su domicilio solía ser en Teruel o Valencia.

La habitación del Adiministrador era igualmente amplia y señorial, con amplios corrales y cuadras para sus animales domésticos y ganados, como asimismo gran huerta junto al río, donde se cosechaban abundantes frutas y hortalizas habiendo en él un apartamento para recreo del señor.

Este palacio, que de niños nos pareció tan señorial, lo vemos ahora desfigurado por estar dedicado a servicios diversos, como viviendas particulares, tiendas, casino, etc. que rompen la unidad del empaque anterior.

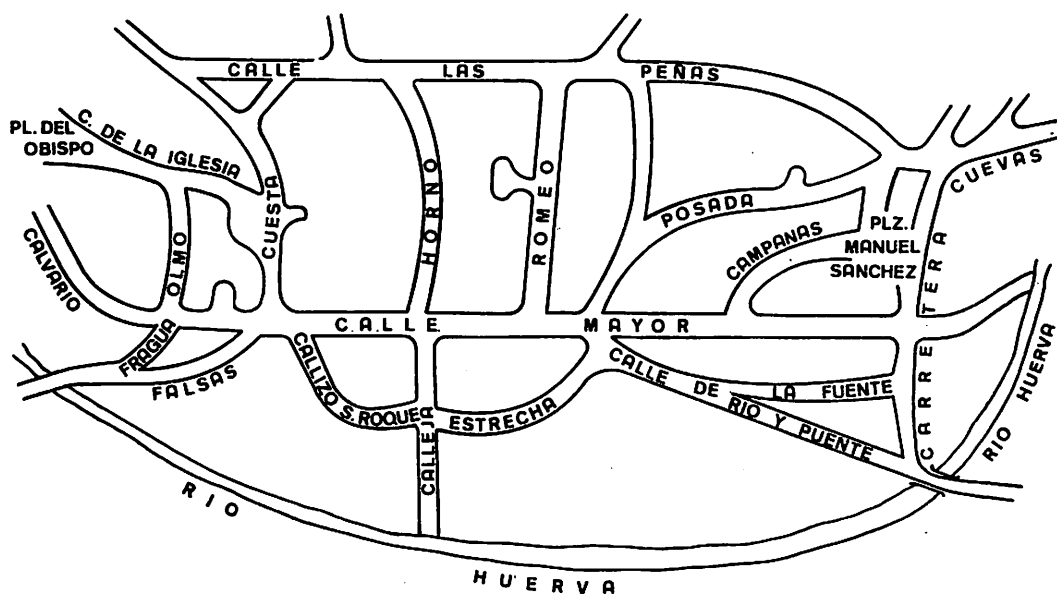
Existen varias casas de familias bien acomodadas o de abuelo, que, por ser de labradores, tienen la dependencia propias de esta clase. Amplia fachada abalconada; señorial puerta en arco o rectangular; amplio patio empedrado o enladrillado; cocina de igual magnitud con fuego bajo y bancos a los lados para sentarse al fuego en los días de invierno la familia y amigos; otras habitaciones bajas, como sala, dormitorios, despensas, bodegas, masaderías, etc. y en lo más interior la cuadra para las mulas, el corral para las aves con su leñero o bardal, etc. Por amplia escalera se subirá a las habitaciones superiores, que serán en el primer piso

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

la habitación noble, con la rica sala bien amueblada y los dormitorios de los señores. En el piso superior estarán los graneros, donde se guarda el grano y alimentos como carnes secas, frutas y demás. Y todavía habrá una falsa para guardar en ella utensilios diversos.

Habrà otras casas de la clase media menos suntuosas y con dependencias más reducidas o más escasas teniendo que dormir tres o más en una cama, incluso algunas de ellas tendrán que estar fuera, en las afueras del pueblo, como corrales, cuadras, chozas, pajares, bodegas y lagares, porque la aglomeración de la casa, apiñadas entre sí, no da lugar a dichos espacios, pero las dependencias serán similares o de casa de labranza.

PLANO DE TOSOS



Por fin, las de la clase jornalera, serán pobres, deficientes, incómodas y hasta poco higiénicas; que unas serán propias y otras arrendadas. Algunas, las de las cuevas, serán habitaciones cavadas en la ladera, con un ventanuco en la fachada y la chimenea de la cocina; frescas en verano y calientes en invierno; pero con poca respiración o ventilación.

Además hay que señalar la hermosa iglesia, la ermita, la casa rectoral, el Ayuntamiento, escuelas, macelo, cárcel-hospital, molinos de harina, etc.

Las casas señoriales, incluido el palacio, suelen estar construidas de piedra y ladrillo, pero lo general es que sean de adobas y algunas de tapial, con zócalo exterior de cantos rodados. Actualmente el cemento va sustituyendo al barro, resultando de un aspecto más señorial, hermoso y sólido.

3. *Las calles*

La principal de todas es la llamada Mayor, que cruza al pueblo en la dirección del río o paralela a él, desde el Calipiente, frente a la iglesia hasta la Guardentería, o parte baja, dividiendo al pueblo en dos partes: la alta, encosterada, y la baja, llana, como lo es la Mayor. A la izquierda, subiendo, están: la de la Fuente, la del Río, la Estrecha, la Caleja, la de San Roque, el Callizo, la Fragua o Falsas y callejón del Olmo. Por la derecha: paso a las Cuevas, Las Campanas, que ahora es del Obispo, Posada, Peirón, que ahora se llama de Romeo, Horno, Cuesta, Iglesia, Olmo, Alta o de las Peñas y la de las Cuevas. Al construirse la carretera se formó una que va al nuevo puente y otra, debajo de las cuevas por donde sale la carretera. Posteriormente se ha cambiado Obispo por Manuel Sánchez y del Obispo a la replaceta de la iglesia.

4. *Los caseríos*

El molina bajo, el molina alto, el molina de las Torcas, el Santo, las Eras, con la ermita de Santa Bárbara, la Caseta de la Dehesilla y varias parideras de ganados, cuyos pastores solían tener también casa en el pueblo.

5. *Familias que las ocupaban*

Lo expresaré, generalmente por sus apodos, que es como las conocí y se les decía entonces, sin que ello sea ofensa para nadie por ser una costumbre muy generalizada.

En la calle Mayor. — Por la derecha, subiendo: los Facciosos, la Badajera (que luego la ocuparon los molineros), los Almuderos, los Carpinteros, los Chupones, Pascual Lobera, Pajarero, Lucio Orós, los Borrascas, Blasa (que después la ocupó Antonio Francés), Juan el Curro, Pilar la Zapatera, Elías, Los Monegros, el Cho-

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

colatero, los Boticos, los Albañiles (Juan e Isabel), el Esquilador, Sanantona vieja, los Tadeos, tío Pocero y Simona, los Cananos, los Jacintos, Luciano y Gregoria, Pantaleón y Chaparreta, los Herreros, Pelaire, Julio el Herrero, Mainar y Chumina, los Calvos, la Pardala, los Loberas (Manuel), que, al bajarse a Zaragoza la ocuparon Marcos y Rosinda).

Por la izquierda, subiendo: Mariano el Albañil, Manolica de Lacosta, Pelos el Cabrero, María la Tadea, tía Pía, Pedro el Cestero, Faustino el Aprobante (que al bajarse a la capital le sucedió Faustino el Curro), tía Melchora, Aprobante, Julián el Santerico, Eugenio Sánchez, el Cantero (que le sucedió Perico el Recachadera), tío Roquetón (el Administrador del Marqués con sus sobrinos Nicómedes y Teresa), Andrés Sánchez, Florentina la Taustana, Anselmo el Mosca, El Tuso, Felipe Serrano, Serapio y Santos, tío Morrillo (que al bajarse a Zaragoza la ocupó el tío Calixto y Juana), Felipe el Herrero y Florencia y, por último, el tío Doroteo, que al bajarse a Zaragoza, la ocupó Gregorio el Crespo.

En la calle del Olmo (entonces de la Iglesia). — Por la derecha: Mangarroya, Ojos de Muerto, que le sucedió Javier Francés; Tomasa la Purnas. Por la izquierda: Sinforosa y Pasapuentes. En la parte baja de esta calle vivió el tío Calvo y su mujer María la Rata.

En la calle de la Cuesta. — Por la derecha: Manuel el Aguado y Ciriaco, Juanico y Prudencia, mis padres (que al bajarnos a la capital la ocuparon Pascual y Tomasa, los Ordinarios), Roberto y Rosa, Fermín y Elvira, Angel el Torán y Felipa, Angelo y Conda y tío Barta, el viejo, con sus hijos Teresa y Ceferino. Por la izquierda: Paula la Vigorra (que al bajars ea Zaragoza la ocuparon los Ordinarios, antes de pasar a la mía), Pascualón, Miguela la Chonga, José el Gorrión, Calcillas, y Domeque el Cestero.

En la calle de la Iglesia (entonces Alta). — Por la derecha: los Bonicos (que le sucedió su yerno el Cantero y Lucía), Martín y Lucía, Inocencio y Jacoba, señor cura mosen Gabriel, el sacristán, (Angel el Sastre) y la Iglesia. Por la izquierda: los Sanantones, los Estanqueros Eduardo y Bárbara, los Harnagas Antonio y María, tío Chato y Tomasa, tío Carrasca y en la replaceta, el Canano, que luego bajó a la de los Loberas.

En la calle del Horno. — Por la derecha: los Zapateros viejos, el horno de pancocer, que lo desempeñaba el tío Calvo, la cárcel-hospital (con habitación para el carcelero Andrés el Rey), la escuela de niños, desempeñada por el maestro don Nicolás Crespo,

el Ayuntamiento con habitación para el secretario «Makiley» (que luego le sucedió el señor Martín), la casa del guarda Senén y de su mujer la tía Chilata, Julián el Chato (que luego bajó a vivir a Zaragoza), la de los Conos, las de Eloy y Ciriaca, la de Pedro-Pablo el General, y la de los Rudales. Por la izquierda: la de mis abuelos José y Luisa, el Mochila, Pericán el Rompepeñas, Plácido (que al bajarse a la capital la ocupó el maestro don Nicolás, el Merao y la de los Casquetes.

En la Calleja. — Por la derecha: Tomás el Petruco, su hermana María (madre del Mochila) y los Saturninos. Por la izquierda: Gelsica, Marcelino Serrano, los Panturraos, los Tatos y Fernando el Sanantón.

En la calle de San Roque. — Por la derecha: los Garrillas, Hermenegildo y Oliva, Fermina y el Botico, el practicante don Delfín Lagunas y su esposa Vicenta, Melico y Ruperta. Por la izquierda: José Luesma o Hipólito (que al bajarse a Zaragoza la ocupó el Gorrión y hoy es del Luesmero, la tía Curra la vieja.

En la calle Estrecha. — Por la derecha: Martín Francés, Benigno y Carlota la Sorda, Simón y García y corral del Panturrao. Por la izquierda: mis tíos Baltasar y Alvara, los Peloteros y los Sastres.

En la del Río o de la Fuente. — Los Mandurrieros con sus hijos Antonino y Catalina, Valentín y Rufina y, en frente, el tío Miguel el Chollón.

En la del Peirón o Romeo. — Por la derecha: Miguelón, Gero-meque, los Curicas, los Moñas, Melitón. Por la izquierda: Salvador y Timotea, Conejo el viejo, Gorrete o Almor, Columbana (de los Verdinos), Joaquín el Padre Eterno y su mujer Eugenia. En la replaceta: Bernabé, Liborio el Cabrero, Barta, Lorenzo el Almu-dero y, por fin, los Pedorros.

En la de la Posada. — Por la derecha: Justo Luesma (que luego bajó a vivir a Zaragoza), la Vigorra vieja y la Posada de Paco el Curica y la escuela con la maestra doña Jerónima, viuda de Aguerri. Por la izquierda: Felipe el Andaluz, Pío Candala, Recachadera y Centella en el callejón.

En la de Las Campanas (antes del Obispo y hoy de Manuel Sánchez). — Por la derecha: Picaca (madre de Camilo Francés), los Churres y Ascensión Barranco el Aguilonero. Por la izquierda: los Garzos, los Cajos Cayetano y Paula, los Albarderos, los Lum-bres (seguidos por los Maicas) y Santiago el General.

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

En las Cuevas. — La Luta vieja (con Valero el Rey), Chiquito, los Curros, los Mudos, los Peinados y Manganeros, Antonio el Ríos y Teresa, José el Gafero, mis tíos José y María, los Bufas, Lucas el Tejedor, Perico el Tarcual, José el Virrey, el Mudo, José Luño, Adolfo y Dominica, Manolejas, Jorro, Damiana y Tarcual, Tintín, los Crespos y la Jesusa. Al pasar la carretera en 1914, vivieron en ella los Calvos y Cuartillas.

En la Alta o de las Peñas. — Pedro el de la Peña, Santiago el Pellejero, León el Tocinero, La Caracolera, Calixto y Juana, Santiago y Cornelia, la Batanera, la Esquiladora vieja, Cabrera y Antonia, la Luja (madre), tío Ríos viejo.

En el Extrarradio. — En el molino bajo, Jacoba; en el alto, Paula; en el de las Torcas, Jerónimo y Mercedes; en el Santo, los guardas (Lujos y Sánchez); en la ermita, Jorge y Apolonia; en la Dehesilla, Macario y Ciriaca, y, por último, en las parideras y las eras, familias que casi todas tenían también casa en el pueblo.

7. *Sus gentes*

En aquellos tiempos era Tosos, com lo son ahora sus gentes buenas, honradas, sencillas, trabajadoras, abnegadas, nobles, dóciles, hospitalarias, amables con el forashero, pacientes en el sufrimiento, austeras y resignadas; poco cultas e ilustradas por el retraso de su época; con defectos y taras (quién no las tiene) debidas a la misma causa, y, por tanto, en parte, irresponsables de su conducta, que no desmerece de su natural condición. Por esto, «Gustavo Adolfo», recientemente en Radio Zaragoza, dijo de ellas esta frase: «Tosos es el de la buena gente».

Citaremos algunos ejemplos de ellos, aunque podríamos citar muchísimos más.

El tío Calvo, el hornero. — Desempeñaba este oficio, ya viejo, en el único horno del pueblo, al que acudían a hacer sus masadas todas las mujeres del mismo. A pesar de lo difícil que es tratar a tantas mujeres juntas en estas faenas, él sabía tratarlas con tanta autoridad e inteligencia, que allí se hacía lo que él mandaba y todo iba admirablemente. Aún tenía arrestos para cuidar de su huerto y luchar contra las avenidas del río, que quería éste ser más que él, pero no pudo, y el río se lo llevó definitivamente. ¡Pobre tío Manuel!

El tío Angel, el sastre. — También de edad, y con varios hijos mozos, no sólo cosía todos los trajes del feo sexo (todavía no ves-

tían las del bello pantalones), era además barbero, sacristán y campanero, sin perjuicio de atender a su huerto. Y todo con gran bondad y simpatía, como lo eran sus cuatro hijos, Bartolomé, Félix, etc.

El enterrador tío Andrés, el rey. — Este era su apodo, como el de su familia, aunque bien, podía serlo por sus bondades y servicios que al pueblo prestaba ya que, además de enterrar a todos los que se morían, blanqueaba las casas de sus vecinos cuando se acercaban las fiestas, paraba los colchones de las mismas, era carcelero y hospitalero y viñador y aún le quedaba tiempo para ir a cazar, atender sus escasas tierras e ir de jornal a quien se lo pedía, y siempre complaciente y contento.

El tío Felipe, el herrero. — Desempeñaba la herrería o fragua del pueblo, ayudado de sus hijos, sobre todo el mayor Saturnino, y a él acudían los hombres del pueblo con sus caballerías para herrarlas, con sus herramientas de trabajo para aguzarlas o para que la cerradura o la reja se las arreglaran. Y allí permanecía, no como ahora, 8 horas, sino 16 o más, sin cansancio ni enfado, siempre dispuesto a servir al vecino con bondad y hasta con bromas y socarronerías.

El médico, don Tomás. — Ya lo conocimos de bastante edad a aun lo conocimos muchos años después, por lo que debió serlo más de cuarenta años. Lo era, además, del vecino pueblo de Aguilón, donde residía y también era propietario. Todas las semanas hacía la visita al pueblo montado en su caballo, amén de las llamadas de urgencia que se le pedían; y lo hacía con tanto cariño y comptencia, que era adorado por todos. En el pueblo residía un practicante, que, por entonces, era el señor Lagunas. Después de la visita había que ir a Aguilón por la medicina, así que cuando al enfermo le llegaba ésta, tal vez fuera tarde porque ya había fallecido. ¡Vaya servicio!

Tres desgraciados

Existían por entonces en el pueblo tres desgraciados: un mudo, un perturbado y un ciego, que andaban por las calles sirviendo de burla y ludririo a la chiquillería y algunos jóvenes, en vez de compasión y lástima, por lo que hubieran estado mejor recogidos en un asilo que en el pueblo. El mudo era inteligente, pero por su defecto, si se burlaban de él, se enfadaba y producía grandes gritos que asustaban a los chicos. En cambio, si se le hablaba por señas y cariño era razonable y simpático; a lo menos a mí,

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

cuando lo traté de mayor. El ciego, «tío Rompepeñas», ya anciano, se sentaba en un banco de la calle o derecho tomando el sol, y si los chicos le insultábamos, tirándole piedrecitas, la emprendía con su garrote al aire, al mismo tiempo que pronunciaba exabruptos que hacían reír a los chicos; espectáculo como se ve poco culto. El desgraciado Manuel el «Panturrao», algo perturbado, pero pacífico si no se le molestaba, andaba solo por las celles, andrajoso y pobre, mendigando y con una caña en la mano; abusando de su desgracia muchas veces, no solamente los chicos, sino a veces los jóvenes por hacerlo enfadar, poniéndose furioso y peligroso. De su natural era bueno e infeliz. Llegó a estar recluso pero tuvieron que sacarlo por imposible.

Emigrantes

Varias fueron las familias del pueblo que tuvieron por entonces que emigrar a causa de la pérdida de las viñas por la filoxera. Recordamos entre ellas, la de los Loberas (padre Manuel e hijos Policeto, Casimiro, Tomasa y Marcos); los Sánchez (padre Julián e hijos Galo, Rafael, etc.); los Valios (hermanos Faustino y Blas, mi padrastro); los Cardiel (Pablo, Matías, etc.); los Felipe (padres Nicómedes y Catalina e hijos Teresa y Joaquín); los Luesma (José, Justo, Crescencia y Miguel); los Cameo (Faustino), y otros muchos más. Actualmente el éxodo de familias ha aumentado debido a que buscan un medio de vida más conveniente para sus familias porque en el pueblo que los vio nacer, desgraciadamente no lo encuentran; problema éste de difícil solución.

Nativos destacados

En primer lugar merece destacarse la figura del que fue Vicario Apostólico de Fernando Poo, Fray Leoncio Fernández, nombrado Obispo en 1935, y al que se le dedicó una calle del pueblo, por cuyo motivo visitó éste. Nació en él cuando su madre ejercía de maestra. Otros nativos destacados fueron: los Loberas, los Luesmas; los Galos por sus acreditados vinos en la capital; los sacerdotes Ignacio Valios, Eduardo Lagunas, José Cameo, Vidal y Fernando Francés, Doroteo-Juan Tomás; el catedrático doctor don Isaías Zarazaga, actualmente Senador y Consejero del Reino; el agrónomo don Joaquín Felipe y su hermana Teresa, casada con el General Torres; el veterinario don Benito Zarazaga; los maestros don José María Zarazaga, Amelio Guía, José Antonio Muñoz y el firmante; y otros muchos más que, si no por sus estudios y

saber, lo fueron por su trabajo honrado, virtudes que les granjearon una reputación honrosa y digna.

III

1. *Su agricultura*

Consistía ésta, principalmente, en el cultivo de la vid y de los cereales, la huerta y algo de olivar. La vid era la que mejor daba al terreno, que era flojo y seco, pero a causa de la filoxera, aquélla estaba arruinada, por lo que hubo que ser plantada la mericana, la cual hasta los años 10 ó 12, no pudo recuperarse, empezando entonces su prosperidad. El vino era y es de muy buena calidad, como lo es todo del Campo de Cariñena a que pertenece, y sus caldos se vendían en Zaragoza, Cataluña y otras poblaciones.

Los cereales (trigo, cebada y centeno), también se cultivaban para el gasto local y algo de fuera, aunque la escasez de abonos, herramientas primitivas, y sequías, daban poco de sí. El cultivo de la huerta, pequeño por su extensión, pero bueno en sus cualidades, alimentaba a la población y aun a los pueblos cercanos en pequeña cantidad. Sus productos de hortalizas, frutas, forrajes, etcétera, alimentaban a personas y animales domésticos y de labor. El aceite se cultivaba en pequeña cantidad, únicamente para el consumo de los pocos vecinos que poseían olivar. Los ganados lanar, cabrío, de labranza, de cerda y aves de corral llenaban las necesidades locales así como pastos, leña, caza y pesca.

2. *La industria*

Era primitiva y para cubrir las necesidades más perentorias, como las siguientes: tres molinos de harina: el Bajo, el Alto y el de las Torcas, de tres, una y tres muelas respectivamente; a los que solían acudir también los de Aguilón; había una fragua o herrería para herrar las caballerías y aguzar las herramientas de trabajo; matarifes para sacrificar en el matadero municipal o en casas particulares reses y cerdos; carpintero, albañiles, blanqueros, colchoneros, peluqueros, sastres, tejedor de paños, zapateros, cesteros, esquiladores; alambiques para obtener el aguardiente, que luego fueron clausurados por orden del Gobierno; canteros, etc.

3. *El comercio*

Existían dos de tejidos y otras diversas mercancías, el nuestro y el de la Jacoba; uno de comestibles, el de la Aprobanta, mi abuelastra; una carnicería, la de la Simona; varias de chucherías para los niños, la Churra, la Purnas y la Sanantona vieja; varios cafés: del Tusos Aprobanta, Zapatero viejo, Esquilador; una posada, la de Paco; panaderos que también lo vendían fuera, etc.

4. *Gentes ambulantes*

Gentes que vendían aceite, embutidos, jabón, yeso y cal, vajilla, tocineros con sus pjaras para ser criados, tratantes de caballerías, gitanos que las vendían o cambiaban por otras, además de vender cestas y canastillas; afiladores, apañacuencos y tinajas, capadores, albarderos, quincalleros, quinquilleros, vendedores de telas, hilos y puntillas, titiriteros o comediantes, paragueros, etc. El comercio en la localidad se hacía, generalmente, al fiado, para pagar a la recogida del trigo y de las uvas, señalándose, generalmente, en una caña partida, por rayas el importe de la venta, conservando media caña el comprador y la otra el vendedor. También las caballerías y cerdos se vendían a plazos o al contado. Los vendedores forastros se servían de alguna mujer del pueblo que les servía de guía.

5. *Los profesionales*

Estos eran, por entonces: de párroco, mosen Gabriel Azuara; de médico, el de Aguilón, don Tomás Martínez; de veterinario, don José Rigal; de maestros, don Nicolás Crespo y doña Jerónima, viuda de Aguerri; de practicante, don Delfín Lagunas; de secretario, «Makinley» de apodo, que le sucedió el señor Martín, de Belchite; de cartero, Perico, de Aguilón; de alguacil, Pedro el Cestero; de guarda, el tío Senén; de carcelero, el tío Rey; de sacristán, el tío Sastre...

6. *Epidemias, plagas y enfermedades*

Aunque Tosos siempre ha sido sano por su situación, su clima, sus aires, sus aguas y su alimentación, las enfermedades y epidemias diezaban su población bien por el retraso de la Medicina de entonces, bien por la falta de medios profiláxicos; el caso es que moría mucha gente, tanto de jóvenes como de ancianos: el sarampión, la difteria, el garrotillo, tosferina, etc., en los niños,

y en los mayores, el agotamiento por el trabajo y las desgracias, cáncer, etc.; ejemplo, en mi familia, que de nueve hermanos, quedé yo solo, y huérfano de padre a los dos y de madre, a los doce.

Las plagas azotaban las cosechas; las filoxera en la vid, el tizón y otras en el trigo; el arañuelo en los frutales; el piojuelo en las aves de corral; el rojo en los cerdos, etc., etc., amén de los pedriscos, heladas, riadas, sequías, falta de trabajo para la clase obrera, usura y otras calamidades que hacían imposible la vida de altos y bajos.

7. El trabajo y su rendimiento

El trabajo era duro y pesado, además de ser de poco rendimiento. Las gentes se levantaban muy de mañana para ir, primero, a la fragua a aguzar el pico o la reja; herrar sus caballerías; echarles un pienso antes de salir; almorzar las migas en la sartén; tomar la alforja con la merienda y el pico, si era jornalero, y las caballerías, si era propietario; apechar subir la cuesta y largo camino a pie o a caballo; llegar al tajo al hacerse de día para emprender el trabajo de arar, sembrar, cavar, etc.; descansar para comer él y sus caballerías, y emprenderla de nuevo hasta bien tarde para llegar a casa al anochecer; dar de beber a sus arres, ir por paja, echarles de comer a éstos, cenar su frugaz comida, y, tras breve velada en familia, acostarse a las nueve para reanudar su monótona vida al día siguiente, si no es que por ser fiesta, la guarba cristianamente.

El rendimiento era escaso: pocas cosechas debido a la falta de abonos, y medios de trabajo primitivos, mermada muchas veces por las sequías, pedriscos, riadas, plagas, etc.; los productos se vendían baratos y no tenían apenas salida; el trigo se vendía a duro la hanega, el vino a dos pesetas el cántaro; la uva a 20 pesetas la carga, o sea, que nadie estaba bien; hambre en la clase jornalera. estrechez en la labradora y pobres todos.

8. Valor humano del nativo

Aquellas gentes tan abnegadas y sufridas, tan trabajadoras y buenas, tan valientes y fuertes, merecían todos los respetos y admiración de la generación actual; tendrían sus faltas y defectos, propia de su ambiente y de su tiempo, pero, por ello, dispensables en gran parte, pues si en entonces en algunos se nos hacían abominables, ahora no las apreciamos del mismo modo; en cambio, ve-

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

mos sus virtudes y sus desgracias y las creemos dignas de nuestra admiración y respeto. De ellas procedemos y a ellas les debemos sus virtudes raciales, de las que nos sentimos orgullosos.

IV

1. *La iglesia*

La iglesia parroquial está situada en la parte extrema del pueblo, en una replaceta, junto al barranco. Su fachada principal mira al sol saliente y data su construcción del siglo XVIII; está hecha de ladrillo, con una alta torre que tiene dos campanas (una grande y otra pequeña); es de una sola nave, amplia y bóveda de cañón; su altar mayor al fondo, y a sus lados, cuatro altares en cada uno y coro sobre el soportal de entrada. Su estilo es neoclásico y su altar mayor, dedicado a la Natividad de la Virgen (como su iglesia), posee tablas a sus lados de gran valor por su antigüedad, de estilo gótico. Los altares del lado del Evangelio están dedicados: a la Virgen del Rosario, San Antonio, San José y a San Joaquín con la Virgen Niña. Los de la Epístola: a la Virgen del Pilar, Santo Cristo y la Virgen Dolorosa, San Pascual Bailón y San Roque. La pila bautismal estaba frente a la puerta de salida, así como en el lado opuesta está la escalera de acceso a la torre y al coro. A ambos lados del presbiterio están la sacristía y un cuarto almacén. En el centro hay colocados bancos para las autoridades y fieles varones, pues las mujeres, o tenían sillas propias, o se sentaban sobre la tarima. En el coro se sentaban los cantores, jóvenes y niños con su maestro, mientras que las niñas se situaban en alguna capilla delantera, junto con su maestra. Sufrió un robo pero el ladrón fue apresado pronto.

Esta iglesia fue construida sobre el solar de la antigua ya que se quemó o fue quemada, funcionando provisionalmente una capilla en lo que conocimos por granero. Junto a la iglesia estuvo antiguamente el cementerio, hasta que se construyó el nuevo, a mediados del siglo pasado.

2. *La casa parroquial*

Junto a la iglesia estaba situada la casa parroquial, quizá perteneciente ya a la iglesia antigua, ya que su estilo, aragonés, así lo acusa. Su fachada es abalconada y su terminación con huecos en arco, que marcan el referido estilo, lo mismo que la puerta

de entrada principal, que es en arco, y su patio empedrado con cantos rodados. La parte inferior estaba destinada a vivienda del sacristán. A la superior o noble, se subía por amplia escalera, que daba acceso a la habitación del párroco. Esta era de amplias dependencias: recibidor, sala, archivo de la parroquia, cocina, dormitorios, etc., y en la parte superior, graneros, corral, leñero. Además tenía en la parte inferior cuadra, bodega y corral. Esta casa-palacio a consecuencia de un derrumbamiento que se produjo hace unos años, que causó la muerte de dos niños que vivían en ella, como asilados, fue destruida totalmente y hoy no es más que un solar que aísla a la iglesia, presentando un aspecto desolador y triste para los que la conocimos. ¡Qué pena, que dolor!

3. *Su párroco*

Regentó la parroquia por entonces mosen Gabriel Azuara, de Belchite, muy celoso y querido por todos, que vivía en compañía de sus tres hermanas, habiendo tomado posesión de ella sobre el 95 y cesando en la misma sobre el 28. Tanto quería a sus feligreses y se interesaba por ellos que se preocupaba por sus necesidades, tanto de altos como de bajos, de los jóvenes y de los mayores: las crías del palomar estaban para los enfermos, procuraba vestidos para los niños pobres, daba consejos como buen padre de su grey, siendo su vida ejemplar como buen sacerdote. Su salida del pueblo a la capital causó gran pena en sus feligreses y su recuerdo será eterno entre ellos.

4. *La ermita de Santa Bárbara*

Está situada cerca de una hora del pueblo, en la partida de las Eras. Consta de un pórtico de entrada, nave central con coro sobre el portal de entrada y espadaña con campano sobre la fachada principal; en el altar la imagen de la santa; a su lado izquierdo y junto al púlpito, una imagen de Cristo crucificado, que fue regalo de mi abuelo paterno; y separando el presbiterio, una barandilla de hierro regalo de la familia Ferriz. En la parte interior, vivienda, cuadra y corral.

Esta santa es muy devota de sus vecinos, que le celebran sus fiestas, la visitan con mucha frecuencia y, como vemos, la obsequian con ofrendas y hasta celebran festejos particulares, como los ofrecidos por los Loberas y los Galos y en obsequio de los vecinos.

Su conservación está a cargo del Ayuntamiento, y para su cui-

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

dado está el ermitaño, que sólo recibe gratis la habitación y el derecho de salir a pedir con su cajeta de la imagen de la santa todas las semanas, costumbre que ha debido desaparecer, como asimismo la obligación de cuidar de la cuesta que conduce a ella. Como se ve, tenía el pobre ermitaño muchas obligaciones, mal recompensadas; además la ermita era el descanso y refugio del caminante para beber, calentarse, etc.

5. El culto

El culto, con tan venerable sacerdote, era observado por el pueblo con gran fidelidad, llenándose el templo en los actos religiosos. La campana de la torre tocaba, al amanecer de cada día la oración, al medio día y al anochecer; sobre las ocho tocaba a misa, y, sobre las cinco de la tarde al rosario; los domingos, a las misas primera y segunda o mayor, y, por la tarde, a vísperas; se cumplía con parroquia y no faltaban a los entierros, fiestas y procesiones, pudiendo decirse, con toda verdad, que tan apenas había disidentes, y la figura y palabra del sacerdote eran respetadas y veneradas; fueron años después cuando empezó el desfile de disidentes, contagiados por el ambiente general de descristianización, culminando con la República; pero, afortunadamente, las aguas han vuelto a su cauce y las buenas gentes de mi pueblo cumplen como buenos cristianos.

6. El Ayuntamiento y las autoridades

La casa del Ayuntamiento, situada en la calle del Horno, como ya señalamos, es de una construcción, sencilla y que consta: en la primera planta la cárcel-hospital y la habitación del carcelero; encima de ésta, la escuela de niños, y en la superior, la sala consistorial, secretaría y la habitación del secretario. Las tres dependencias con entradas distintas. Como hay en su fachada principal un reloj de sol, bien podría ser la construcción de este edificio de la misma fecha que la del palacio del Marqués que fue del siglo XVIII. Actualmente la casa-ayuntamiento está situada en el palacio.

Las autoridades de esta época no lo sabemos, aunque bien podrían ser de las casas principales, como del palacio, de los Tadeos, Saturninos, etc. De los funcionarios, ya los hemos señalado anteriormente.

7. *La política*

Se turnaban en el mando los liberales y conservadores; no había luchas, pero sí rencores; no se ejercía el caciquismo con saña, pero sí que se miraba al bien particular más que al bien común; ejemplo de ello fue que se tenía planeado la construcción de una carretera por cierto sitio, pero como él la iba a cruzar la finca de alguno de ellos, la carretera no se construyó. En las elecciones se buscaban los votos de los amigos, parientes, peones, etcétera, y hasta se compraban por poca cosa, ya que la pobre gente no sabía el valor de su voto ni tampoco le importaba que ganara uno u otro. El triunfo se celebraba con grandes meriendas, a las que asistían los amigos del candidato triunfante.

8. *Las escuelas y sus maestros*

Existían dos escuelas, la de niños y la de niñas. La primera ya hemos dicho donde estaba situada; era pequeña, porque pequeña era la asistencia de alumnos, unos cuarenta, pues debía de medir unos 8 metros de largo por 4 metros de ancha. Tenía su plataforma, donde estaba la mesa del maestro, un poco elevada del resto del salón, a donde acudíamos a dar nuestra lección. Varias mesas-bancos eran ocupadas por los mayores, sentándose los pequeños en los banquillos junto a los pasillos, de cuyas paredes colgaban los carteles de las primeras letras, formando secciones. Todavía poseo una lista de mis compañeros, que la escribí al venirme a Zaragoza, que dice de los mayores: Joaquín Domeque, José y Luis Cameo, Delfín y Práxedes Beatobe, Mariano Almor, Francisco Rodrigo, Francisco Ponz, Manuel Hernández, Manuel Cardiel, Isidro el «Conejo», Pancracio y Jenaro, los «Churres». De pequeños: Francisco el «Curro», José el «Chaparro», Andrés Simón, Amadeo Candela, Fernando Rodrigo y Facundo Francés. Como se ve, en esta lista, no estaban todos los que asistíamos a la escuela, ya que faltan otros, como Manuel Dionís, Antonio Zarazaga, Francisco Serrano, José Simón, hijos del maestro, etc. Este, como ya hemos dicho, se llamaba don Nicolás Crespo, del que aprendimos las primeras letras. Antes tuvimos, aunque muy poco, al maestro viejo, natural del pueblo y, al fallecer éste, le sucedió, por poco tiempo, su yerno, don Esteban Olmos, que luego se trasladó a Aguarón. Fue don Nicolás un buen maestro, del que tenemos gratísimos recuerdos por su bondad y celo hizo la escuela grata y, por ello, yo sentí la nostalgia de la misma y me hice maestro.

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

La maestra, doña Jerónima, viuda de Aguerrí, era una gran señora y una gran maestra, que estaba con su hija soltera. Otro hijo tenía, el cual llegó a ser, más tarde, Jefe de Correos de Zaragoza. Con ella fueron, entre otras, mi difunta esposa, mi cuñada Estefanía Zarazaga y Asunción Beatobe, tres inteligentes alumnas que supieron aprovecharse bien de la labor educativa de tan admirable maestra. La escuela estaba situada en el piso superior de la posada del tío Paco el «Curica», por no tener edificio propio el Ayuntamiento, por lo que eran muy frecuentes los cambios de local. Recuerdo, que, años después presencié un examen de final de curso en esta escuela, que quedé de él admirado. Así eran aquellos admirables maestros, de poca formación cultural, pero de gran espíritu profesional, a pesar de que no ganaran para comer y quizá no llegaran a cobrar su escaso sueldo.

9. La ilustración, cultura, moralidad y costumbres

La ilustración era deficiente, pero con tales maestros mejoró mucho, aunque quedaban bastantes niños y niñas que no asistían a la escuela por dedicarlos, desde muy pronto, a las labores de casa, las niñas, y del campo, los niños; nuestros padres y más nuestros abuelos fueron menos, pues muchos de ellos eran analabetos. De su cultura, con tal retraso e ignorancia, dejaba bastante que desear, que fueron poco a poco desapareciendo, entrando más en la civilización; de su moralidad, de su natural, buenos y recatados y sencillos, pero con algún defecto, propios de su incultura. Por último, de costumbres sencillas y honestas, aunque algunas veces el ambiente no fuera favorable pues había vicios, que habían de ser corregidos, en comer, beber, jugar, hablar, etcétera, todo debido a la poca cultura y manera de vivir de la época. Actualmente aquellos casos de incultura tan apenas existen y se ha ganado mucho en este aspecto.

10. Mejoras alcanzadas

Actualmente existe una carretera, que le une a la capital, bien con coches propios o de línea; los productos del campo ya no se pierden ni hay que tirarlos, sino que se venden a buen precio; el trabajo ya no es tan pesado y tan poco remunerador, sino más llevadero y productivo; sus huertos ya no se los lleva el río desbordado, porque el pantano contiene las avenidas; sus escuelas están en nuevos locales y sus maestros son más cultos y mejor formados y remunerados; entonces se pasaban las largas veladas

invernales a la luz del candil o de la vela, jugando a las cartas o en tedioso pasar, sino que con la luz eléctrica y la radio o televisión se hacen aquéllas más entretenidas y fáciles; las enfermedades, epidemias y plagas casi han desaparecido por los adelantos conseguidos; no hay hambre ni escasez, sino trabajo y comodidad; sí que todavía tienen muchos que dejar el pueblo y venir-se a la ciudad se busca de una vida mejor, pero es cosa de un mal general, que, desde luego, conviene corregir. En fin, que se ha mejorado mucho y la vida de ahora es muy distinta de la que conocimos de niños. (Hoy sus calles están pavimentadas y tienen agua corriente).

11. Porvenir esperanzador

Con las mejoras conseguidas, con una mayor cultura e ilustración, con una mayor y abundante producción, por la riqueza y bondad de sus productos, clima, situación, etc., el carácter y virtudes de trabajo, austeridad y demás virtudes de sus hijos, cabe esperar un porvenir esperanzador y feliz para Tosos, como así se lo merecen.

V

1. El aguinaldo de los niños

Para Año Nuevo los chicos y chicas salíamos a recorrer las casas de nuestros parientes y amigos en solicitud del aguinaldo. Y con la cestilla al brazo, nos presentábamos en dichas casas diciendo antes de entrar: «Abuela, tía, etc., ¿me dá Vd, aguinaldo?, si no, le mato el gallo; si no, la gallina, si no, entro en la recocina y me llevo una saca de harina». Ante semejante amenaza, la buena señora no tenía más remedio que depositar en nuestra cestilla, risueña y complaciente, su óbolo de peras, manzanas, nueces, uva o lo que tenía ya preparada antes en su canasta o cesta, y nosotros, después de hacer el recorrido por el pueblo, volvíamos contentos a nuestras casas a entregar a nuestras buenas madres el contenido de nuestras cestillas, las cuales nos recibían contentas al vernos a nosotros alegres.

Una de las casas que también visitamos era la de la Adminis-

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

tradadora del palacio, señora Catalina, que era bondadosa con todos, especialmente con los pobres. El señor cura repartía el aguinaldo el día de Reyes, echándolo, después de misa mayor, desde su balcón, como asimismo repartía ropas entre los niños pobres, que él procuraba recibir anteriormente por otros conductos. También osbequiaba en es edía al Ayuntamiento, en justa correspondencia de que éste lo hacía el primero de año.

2. Los Santos Reyes de los niños

Entonces los padres no se gastaban en juguetes para sus hijos lo que se vienen gastando actualmente, sino que querían tener contentos a sus hijos más sencillamente. Y así recuerdo, que los míos, la noche anterior, preparabn un capacito con cebada y lo colocaban ante nosotros en la ventan apróxima a nuestro dormitorio para que los Reyes, aquella noche, se la dieran a sus camellos, a cambio de dejar en su lugar el obsequio, que no era otro que unas cuantas medias pesetas, en plata, que las recogíamos, al despertarnos, muy contentos. Dichas monedas, poco después, volvían al bolsillo de donde habían salido, porque ni las huchas se conocían. Nos engañaban también diciéndonos que deberíamos salir a media noche a esperar a los Reyes al puente del río con la camisa mojada y una caña verde en la mano, pero, como el sueño nos rendía antes, dejábamos de cumplir tan sagrada obligación.

3. Los quintos del año

Todos los años, para febrero, se hacía el sorteo de los soldados que habían de ir a servir al Rey, que eran los que a cada pueblo correspondía, quedando el resto exentos de dicha obligación. Se reunían en un local que alquilaban o conseguían gratis, donde celebraban sus reuniones, sus meriendas, etc. y donde tañían sus instrumentos de guitarras, bandurrias, requintos y yerros par asalir a rondar. La semana anterior al sorteo la guardaban de fiesta, y durante ellas, salían por el pueblo a pedir huevos con una canasta, pan y tortas, y el día del sorteto salían con sus grandes tortas de bizcocho, blancas y adornadas, regalo de sus familiares o novias, así como ostentaban grandes cigarros puros, obsequio de las mismas. Todos les obsequiaban y todo se les permi-

tía en sus rondas y merendolas, ya que luego habían de ir soldados y separarse por unos años de sus familias. Eran, pues, los privilegiados entre los mozos del pueblo, y ellos habían de plantar el mayo de Pascua en nombre del pueblo y en honor del Señor así como sacar los santos patronos en las procesiones y organizar las hogueras de San Blas; luego duraba hasta que venían los quintos del año siguiente.

4. *La jota de ronda*

Además de las rondas que solían hacer los quintos, el resto de los mozos, independientemente, solían rondar también después de una reunión cualquiera, como merienda, baile, etc. Salían tocando sus instrumentos de cuerda, recorrían las calles, siguiendo el itinerario acostumbrado, como Olmo, Plaza, Cantón, Peirón, calle Estrecha, Callizo a la Plaza, parándose en los puntos indicados para cantar, además a los particulares que deseaban, como novia, autoridad, etc. Vociferaban de lo lindo con frecuencia, enramaban las puertas de las novias o personajes, dejando letreros alusivos, y volvían al punto de partida para continuar la velada.

5. *Las cencerradas*

Se las hacía a las viudas que se volvían a casar, aunque no era muy general. La víspera de la segunda amonestación, por la noche, acudían los mozos a la puerta de la novia con cencerros, esquilos, etc. para hacer la cencerrada y proferir a los novios frases, y burlas nada agradables a los mismos, provocando, algunas veces, serios conflictos por exceso de provocación y burla.

6. *El pago de la manta*

Los mozos forasteros que se casaban con alguna moza del pueblo, tenían que pagar a los mozos de éste una cantidad de dinero que la empleaban en correrse una juerga o merienda a costa del forastero, era como una especie de matonismo, aunque no recuerdo de haber oído ningún caso; yo, desde luego, no la pagué, aunque no había lugar por ser del pueblo pero que vivía fuera. En cambio, sí que un joven, que se casó poco después no se la exigieron, sino que fue él quien obsequió a los mozos del pueblo a una merienda en su propia casa de su pueblo cercano. Esta costumbre hubo de ser suprimida en algunos pueblos porque llegaron a ocasionar verdaderos conflictos en que tuvo que intervenir la Guardia Civil.



Tosos. — Vista general





Tosos. — Vista general

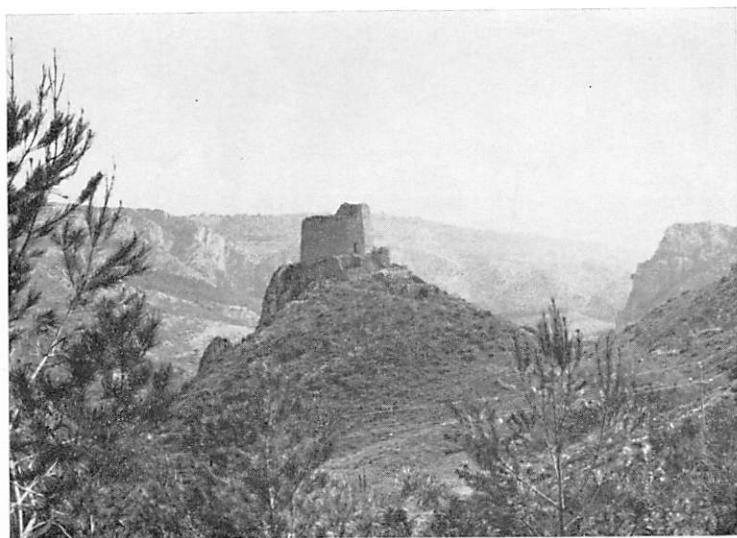




Tosos. — Calle de la Cuesta



Tosos. — Pantano «Las Torcas»



Tosos. — La Casaza



Tosos. — «Peña Chiquita»



Toscs. — «Peña Chiquita»

7. El rosario de la aurora

Era costumbre en salir, muy de mañana, en determinadas fiestas principales, en el buen tiempo, a rezar el rosario. Se reunían hombre sy mujeres, jóvenes y viejos, en la iglesia y salían de ella portando delante el estandarte del rosario, faroles encendidos y campana, dirigidos por el señor cura o persona formal, recorriendo las calles principales y entonando himnos del santo que se celebraba, o simplemente estas jaculatorias: Labrador perezoso — vístete aprisa — que después del Rosario — sale la Misa. Viva María — muera el pecado — viva Santo Domingo — que lo ha fundado. Las gentes, al pasar por sus casas se unían a la comitiva para asistir juntos a la Misa. En dichos actos se lucían algunas voces que destacaban, como las de Silvestre el Cestero, Primitivo, mujeres, etc. ¡Lástima que esta costumbre haya desaparecido!

8. El baile de la cinta

Para las fiestas de San Bartolomé, uno de los números de las mismas era este del baile de la cinta. El alcalde, los concejales, el guarda y el alguacil tenían derecho a disponer de una cinta de seda de diversos colores, que la ofrecían a un mozo pariente o amigo, el cual se buscaba la moza con la que había de bailar en la plaza después de las vísperas el día del santo, y ante las autoridades amenizada con la banda de música. Cada pareja bailaba tres jotas y durante ellas el mozo o galán sacaba su cinta, la desplegaba, hacía su lazo y la colocaba en la muñeca derecha de la moza la cual lucía airosa, siendo aplaudida la pareja que salía brillante en su actuación, que todas lo hacían muy bien. A continuación empezaba la corrida de pollos y baile público.

9. Otros bailes

Después de éste señalado y de la corrida de pollos, seguía el baile público en la misma plaza, que duraba hasta el toque del Rosario, para reanudarlos a la noche y la día siguiente. En ellos muchas veces se hacía corro a las parejas de viejos, que rememoraban sus juveniles años, derrochando gracia y buen humor. También se solían celebrar bailes en casas particulares en días de fiesta, o en acontecimientos familiares y en veladas invernales, etc. donde había una moza casadera o gente joven con ganas de divertirse. A estos bailes acudían los amigos y cuantos querían, siem-

pre que fueran en paz. ¡Cuántos noviazgos no se iniciarían en estos bailes! Los bailes de salón vinieron años después donde el interés se pondría por medio.

10. *Las corridas de pollos*

Estas se celebraban para las fiestas de San Bartolomé. Consistían en competiciones entre corredores jóvenes del pueblo y de forasteros, de niños, de mujeres, de entalegados y de burros. La de jóvenes, si eran del pueblo, se daban tres premios, de tres, dos o un pollo par ael primero, segundo y tercero que llegaban a la meta, y si era entre forasteros eran sólo dos premios de dos y de un pollo; ambos empezaban desde el Alto de las Planas, a unos dos kilómetros de la meta, que estaba en la plaza, ante las autoridades. Las de niños empezaban desde la fuente, a medio kilómetro y se daba un pollo al primero. La de mujeres era con el cántaro de agua en la cabeza, desde el peirón, más cerca que el anterior, espectáculo de gran interés. El de entalegados se metían en una talega o saco, atado a la cintura, y, saltando, llegaban a la meta. Por último, el de burros era montado en ellos, sobre el baste al revés, también entretenida y de risa. Era, como se ve, un espectáculo entretenido y divertido.

11. *Las procesiones*

Estas costumbres piadosas se solían celebrar en las siguientes ocasiones: para San Antón, San Blas, Santa Agueda, Semana Santa, Rogativas, Corpus, Virgen de agosto, San Bartolomé y Santa Bárbara.

La de San Antón. — Se sacaba la imagen del Santo, en peana antigua y con tallas importantes, en la fiesta religiosa, que se celebraba con la bendición de alimentos para los animales domésticos. Después de recorrer el itinerario acostumbrado, volvía a la iglesia para terminar la Misa empezada.

La de San Blas. — Se celebraba en su fiesta, después del canto de Tercia en la iglesia. Era llevada su imagen por los mozos a hombros sobre su peana. Recorría las calles con el Clero y autoridades y numerosos fieles, oyéndose grandes disparos de escopetas y trabucos, de salvas que atronaban el espacio y nos amedrentaban a los chicos. Se hacían los disparos desde las ventanas y balcones del trayecto.

La de Santa Agueda. — Eran las mujeres las que llevaban la

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

imagen sobre su peana, mientras que otras jóvenes bandeaban las campanas de la torre con tanto valor como los mozos. Los hombres no participarían en ella, pero sí en guardar la fiesta y no trabajar en solidaridad con ellas. ¡Eran muy corteses!

Las de Semana Santa. — Eran tres: la del Vía Crucis, el Domingo de Ramos, la del Entierro, el Viernes Santo, y la del Encuentro, el día de Resurrección. La primera se hacía por el Calvario al cementerio viejo. Se empezaba en la iglesia, se seguía en el primer pilón junto a la casa parroquial para continuarlo por el Calvario hasta el cementerio, rezar un responso y volver por el mismo camino y pasar por el último pilón o estación, sito frente a la iglesia y terminarlo en ésta. La del Entierro se llevaba por los mozos la imagen del Crucificado y la Virgen Doloras, por las mozas en procesión por las calles del pueblo, seguida de numeroso público para volver a la iglesia y continuar los ejercicios comenzados. La del Encuentro, el día de Pascua de Resurrección, empezaba la misa, se cortaba ésta para salir en procesión llevando las imágenes de la Virgen, vestida de azul, y la de Jesús Niño, aquélla llevada por las jóvenes y ésta, por los mozos. Se partía en dos, la de Jesús iba por la calle Alta o de la Iglesia, y, la de la Virgen por la del Olmo, para reunirse ambas en la plaza. Aquí hacían tres cortesías ambas imágenes y seguidamente las dos banderas de la misma manera ante la espectación general y embeleso de la gente menuda, continuando después la procesión su recorrido para terminar en la iglesia y continuar la misa.

Las de rogativas. — Se celebraban para San Marcos, el 25 de abril. Se empezaban en la iglesia, de mañana, con el señor cura, los niños de las escuelas, mujeres y algunos hombres. Un día se iba a las cuevas, cantando las letanías; otro día se iba hasta el cementerio viejo, en procesión, cantando lo mismo; otro se iba hasta el cementerio nuevo, y, por fin, el cuarto día se iba hasta las eras, volviendo cantándolas hasta la iglesia para terminar antes de la hora de clase de los niños. El día de Santa Cruz, 3 de mayo, se hacía la bendición de términos, saliendo a la replaceta de la iglesia para hacer dicha bendición y siempre con gran acompañamiento de fieles y gran devoción; no faltando los maestros junto a sus niños.

La de la Virgen de la Cama. — El 15 de agosto, en la misa mayor, salía la imagen de la Virgen acostada en la cama, la cual era llevada por las mozas. Una casa principal se cuidaba de vestirla

y demás obligaciones hasta terminar la novena en que devolvía la imagen a su altar.

Las de San Bartolomé. — Son dos: una, por la mañana, en la misa mayor; otra, por la noche, la del Rosario. La primera, después de Tercia, recorriendo el curso acostumbrado con la imagen del santo, además de las siguientes: San Roque, San Antón, Santa Agueda, San Antonio de Padua, San Blas, la Virgen del Rosario, Santa Bárbara y, por último, San Bartolomé, tras de ésta el Clero, autoridades, música y pueblo, para volver a la iglesia y terminar la misa. La del Rosario, al anochecer, sale con la Virgen del Rosario, estandarte, faroles, autoridades y música, cantando el rosario por el pueblo y música. Las ventanas y balcones del recorrido están adornadas con tapices e iluminadas con candiles y velas, pues no existía todavía la luz eléctrica.

Las de Santa Bárbara. — Eran dos: una para el 4 de diciembre, día de la santa, y otra, para la Pascua de Pentecostés, aunque ésta más bien era romería para reunirse en la ermita y celebrar la fiesta, al día siguiente de Pascua. La primera, empezaba en la iglesia y seguía por la cuesta, hasta la ermita, para celebrar en ella la fiesta principal, a pesar del mal tiempo invernal. La del año último de siglo recuerdo que en mi abuelo paterno subió sobre sus hombros, ya anciano y enfermo, el pesado Santo Cristo que él regaló y depositó en la ermita, descalzo. ¡Qué devoción y qué sacrificio la de aquel santo varón!

Las del Corpus. — Eran dos: la primera, el día del Corpus; la segunda, el día de la Octava. La del Corpus, durante la misa mayor salía con el Santísimo bajo palio, acompañado de autoridades y pueblo, recorriendo el itinerario acostumbrado, pero al llegar al peirón, ante un altar improvisado, se consagraba y se hacía la bendición, para continuarla hasta la iglesia, donde terminaba la fiesta. La de la Octava, por la tarde, como final de la misa, se hacía una procesión más corta, pues al llegar a la plaza, subía por la cuesta, seguida por la calle de la Iglesia, para llegar al templo y terminar la Octava.

VI

1. *El Mayo de Pascua*

Era costumbre plantar un ohopo, el más alto y derecho que hubiera en el pueblo, en el Cantón, la víspera de Pascua de Pen-

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

tecostés, operación llevada a cabo por los quintos del año, el cual chopo o mayo quedab así plantado durante todo el mes de mayo. Para ello se le pelaba todo él menos la copa y sus ramas flameaban arrogantes sobre su altura, por encima de los tejados vecinos. Era en honor de la fiesta que se celebraba, que era también la del día siguiente, que se subía a celebrarla en Santa Bárbara.

2. Las hogueras

Varias eran las que se celebraban durante el año: las de San Antón, el 16 de enero; las de San Blas, el 2 de febrero y las de Santa Agueda, el 4 del mismo mes, que corresponden a las vísperas de dichos santos. Las de San Antón corrían a cargo de los que poseían animales, principalmente, y se hacían en distintos lugares del pueblo, aportando sarmientos, romeros, aliagas, desechos, etc., asistiendo a ellas los vecinos con gran alegría y algazara, mientras duraba el fuego. Las de San Blas eran más populares e importantes, sobre todo la de la plaza, y que la alimentaban los quintos, apilando fajos de leña, que llegaban hasta los tejados, y de allí iban alimentando el fuego, con peligro de que una chispa prendiera en el montón y ardiera todo el pueblo. Otras se hacían en distintos puntos, pero por ser la de la plaza la principal, a ella acudía casi todo el pueblo, que duraba hasta media noche. Los chicos y jóvenes gozaban saltándolas sin miedo a quemarse. Las de Santa Agueda, eran las mujeres las que se encargaban de celebrarlas, y con ello la gozaban de lo lindo, haciendo gala de su buen humor. Aún se celebraban otras hogueras: la de San Sebastián, que, por no celebrar su fiesta, no tenía tanta importancia.

3. Juegos y deportes

Jugaban, como es natural, todos: niños, niñas, jóvenes de ambos sexos, hombres y mujeres, en juegos diversos. Los niños, en calles y plazas, al aire libre, que es donde se hacen mejor, y éstos eran: saltar, correr, al marro, rayuela, escondite, correcales, esconde cucas, pelota, trompo, trompa o galdrufa, picota, carpetas, etcétera. Las niñas: gallina ciega, comba, birlas, agujas, etc. Las jóvenes: birlas o bolos, cartas, correr con el cántaro en la cabeza, etc. Los jóvenes: pelota, bola, barra, o reja, saltar, correr, brincar, cargar pesos, montar, etc. Las mujeres se reunían en la calle, corrales, patios, etc. y jugaban al burro, brisca, oré, quince, lote-

ría, siete y medio, etc. formando corros de vecinas pasando con ello el tiempo y a veces perdiéndolo demasiado por su abuso. Los hombres jugaban en los cafés al guñote, trisillo, y algunos, osados, al monte o banca, causando en algunas familias disgustos y discordias, si no, desgracias mayores. En la fragua o rincones se jugaba a las chapas, en donde también corría el dinero, se blasfemaba de lo lindo y se daba mal ejemplo a los pequeños, porque éstos lo hacían después. También se jugaba a la pelota, bola, etcétera. La gente tenía que distraerse, por eso ahora, con el cine, la radio, el futbol, televisión, etc. lo pasa mejor y es más culto.

4. *Caza y pesca*

Nadar, correr, salatar, etc., eran los más comunes sobre todo para los niños, el baño en el río era nuestro más entretenido placer, buscando el pozo mejor que hubiera en la ribera como Piñeta, Cabeza, Molino, etc. Se pescaba con caña, a mano, con red, etcétera. Se cazaba perdiz, conejo, liebre, pájaros con red, en los navallos, etc., habiendo entonces famosos cazadores, como Melitón, Roberto, Eloy, etc. Los pájaros se cazaban de mañana, escondiéndose el pajarero detrás de unas piedras para no ser visto por las aves y en la época de la siembra principalmente, vendiéndose en rastras de a seis o más por muy poco dinero.

5. *Las veladas familiares*

En invierno, como las nocheas eran largas, pues se venía del campo al anochecer, se cenaba pronto y, ¿qué hacer hasta las nueve que se solía acostarse? No existía la luz eléctrica y había que alumbrarse con el candil, luz mortecina, ya que hasta los años 16 ó 18 no la hubo. Se leía el periódico, si lo tenía (pues escasamente habría seis u ocho en todo el pueblo) o se pasaba la trashedada en compañía de la familia y de algún pariente o vecino, junto al fuego, sin que faltase el gato de la casa que sobre la plancha del hogar permanecía acurrucado y en silencio. Se hablaba de cosas familiares, del tiempo, de las cosechas, de asuntos locales o de las noticias recibidas de fuera. Y si era víspera de fiesta o en ésta, y si en la casa había jóvenes, se organizaba un baile, al que a sistían invitados. También había algunos casos (no de los que venían cansados de trabajar), que dejaban la familia y solos se iban al café a dejarse las perras o duros, volviendo a casa tarde y de mal humor, armándose la gresca con la infeliz esposa, causando el temor y el escándalo ante sus hijos pequeños.

6. Los cafés

En esta época existían los facés del Tusó, Aprobanta, Zapatero, Esquilador, demasiados para lo que era el pueblo, pero todos ellos tenían sus parroquianos; generalmente solían asistir los jóvenes al de Fevero el Esquilador. En ellos se tomaba café, copas, se jugaba después o se hablaba de cosas distintas, y si eran jóvenes y se había bebido un poco más de lo debido, se cantaban jotás; pocos años después se abrió un casino agrícola, teniendo que cerrar algunos de aquéllos. En los días de fiestas los cafés se llenaban de vecinos y de forasteros, mientras que en los días de trabajo eran pocos los que asistían, los vagos, pasando en ellos las tardes. Por las noches, siempre había parroquianos para pasar la velada o algo más, si había juegos de cartas, prohibidas. Desempeñaban, pues, su papel social como medio de distracción y de reunión, pero el abuso de ellos en el coqueo excesivo y en el juego, causaron deplorables efectos en algunos jóvenes y mayores.

7. Reuniones callejeras

Además de las reuniones ya señaladas en cafés, veladas, juegos, iglesias, etc. no faltaban las que se celebraban en las plazas y calles. Era costumbre que delante de las casas hubiera bancos, donde no sólo la familia se sentaba para descansar y conversar, sino que había espacio suficiente para que se sentaran en ellos los vecinos que quisieran, ya que se hacían para todos. Hoy han desaparecido estos bancos para sustituirlos por las aceras. Pero además de estos lugares las gentes se solían reunir al venir del campo, si había tiempo, o en días de descanso, en el Cantón, Plaza, Peirón, Fraguas, etc. y allí acudían los hombres, jóvenes y viejos para comentar y hablar de cosas interesantes o valadis, de noticias locales o de fuera, etc., o sea, eran el mentidero local, pero que eran reuniones interesantes, porque ellas venían a matar el aislamiento individual o para tomar resoluciones definitivas, unas favorables y otras, quizá, perjudiciales.

FIESTAS PRINCIPALES

Eran muy frecuentes entonces las fiestas en Tosos, como en todas partes. Estas eran: Reyes, San Antón, la Candelera, San Blas, Santa Agueda, Semana Santa, Pascuas de Resurrección, Ascensión, Pentecostés, Corpus, Virgen de Agosto, San Bartolomé,

Santa Bárbara y Navidad. Además de éstas se celebraban las novenas de San José, San Francisco Javier, el Septenario de la Virgen de los Dolores y novenas de la Virgen de Agosto, meses de las Flores o de Mayo, del Rosario y de Animas, rogativas y bendición de términos, etc., aunque las principales eran las de San Blas, Santa Agueda, San Bartolomé y Santa Bárbara por ser las patronas y patrones.

La fiesta del Año Nuevo. — Consistía en oír Misa Mayor, con la asistencia del Ayuntamiento, después de la cual éste obsequiaba al párroco a un pequeño refrigerio. Los niños en este día salíamos a pedir el aguinaldo por las casas de nuestros parientes y amigos, guardando fiesta grandes y pequeños en cafés, juegos, etcétera.

La fiesta de Reyes. — Lo mismo que la anterior, se oía misa, con asistencia del Ayuntamiento, por ser día distinguido. En ella el párroco nos leía el movimiento demográfico del año anterior, habiendo año que las defunciones de los niños superaron a las habida en el del cólera último, que ya era superar. Terminada la misa, el señor cura, desde su balcón echaba el aguinaldo a los chicos situados en la replaceta de la iglesia y después atendía al Ayuntamiento con pastas y licores. Las gentes en este día se solazaban en los lugares de esparcimiento.

La fiesta de San Antón (17 de enero). — La noche anterior encenderían hogueras en distintos lugares del pueblo y oirían misa mayor con sermón, bendición de los alimentos de los animales caseros y procesión con la imagen del santo por las calles del pueblo; pasando el día en descansar, pues las caballerías, por las que se celebraba la fiesta, no debían de trabajar.

Las de San Fabián y San Sebastián (20 de enero). — Debieron celebrarse antiguamente, ya que se guardan las imágenes de estos santos, antiguas y de gran valor, y también se hacen hogueras en su honor, pero no se guardaba su fiesta.

La Candelaria (2 de febrero). — No se guardaba fiesta; únicamente que en la misa se repartían las candelas y las mujeres que dieran a luz en el pasado año, iban con sus hijos, aunque ya lo hicieran en cuanto salieran a la calle, para purificarse y para ofrecer sus hijos al Señor.

La de San Blas (3 de febrero). — La noche anterior se encendían las hogueras y en este día, fiesta mayor por ser también patrón, se oía misa mayor, con sermón y procesión. Se comía bien,

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

sin que faltara el rico roscón, acompañado del buen vino y licores, y, por las tardes, las gentes las pasarían divirtiéndose en cafés, bailes y otros lugares de recreo.

La de Santa Agueda (5 de febrero). — Era la fiesta de las mujeres, pero los hombres se asociaban a la fiesta para no trabajar y también para divertirse. La noche anterior serían las hogueras en honor de la Santa, organizadas por las señoras jóvenes y viejas, no faltando las niñas. Se oiría misa mayor, con sermón y procesión, llevando en andas a su patrona, mientras que en la torre de la iglesia ellas serían las que tocaran o bandearan las campanas con toda energía y valor. No faltaría el rico roscón ni la buena comida, y, por la tarde, sus juegos, sus meriendas y hasta sus rondas y bromas, como la de hacer un simulacro de bautizar un perro en la acequia de la Fragua, cosa que disgustó mucho al buen párroco. Los hombres lo pasarían en sus diversiones, cafés y juegos.

La de San José. — Metida en la Cuaresma, se celebraba con la novena en los días precedentes y la fiesta propia del día, muy devota por todos, ya que incluso le tienen dedicado un altar.

Las fiestas de la Semana Santa. — Iban precedidas de la Cuaresma, en la que se guardaba el ayuno y la abstinencia y se celebraban las novenas de San José, San Francisco Javier y el Setenario de la Dolorosa, y los días de Domingo de Ramos, Jueves, Viernes y Sábado Santo.

La Cuaresma, que empezaba el miércoles de ceniza y terminaba con la Semana Santa (no faltando en la primera los niños con los maestros a la iglesia a tomar la ceniza), se guardaban los ayunos y abstinencias con todo rigor; los primeros todos los viernes, y las segundas, además de éstos, los miércoles y sábados; se celebraban las novenas ya dichas con rosario, lectura y sermón; el Domingo de Ramos se asistía a misa, en la que se repartían los ramos de olivo y con ellos se salía en procesión por la replaceta de la iglesia; por la tarde, se asistía al Vía-Crucis por el Calvario al cementerio viejo.

El Jueves Santo. — Las campanas de la parroquia llamaban a los fieles con sus vibrantes sonidos, para asistir a los Oficios Divinos, y todos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, no faltaba nadie a ello; los unos, con sus mejores trajes y los más viejos con sus antiguos sobrereros y capas de anchos vuelos, las otras, muchas de ellas luciendo sus ricos mantones de Manila, sus brillantes zapatos de charol, sus amplias sayas de brillantes colores

y sus velos o mantillas que cubrían sus cabezas. El monumento al Santísimo se instalaría en el altar mayor, y los oficios empezarían en el del Santo Cristo y Dolorosa. En el momento de las tinieblas o traslado del Santísimo al monumento, empezaría el ruido de las matracas del acólito para secundar las de los fieles, además de carracas, macetas y palos con que golpearían tarimas, bancos y puertas para matar a los judíos que habían matado a Jesús; pero a quienes mataban con tan gran estruendo era a los sufridos fieles que asistían a los oficios. En el resto del día las gentes asistirían a visitar al Santísimo en el monumento y harían sus confesiones como cumplimiento pascual, terminando con la comunión el día de Pascua.

El Viernes Santo. — Continuarían las confesiones muy de mañana, y a las nueve, se acudiría a Maitines y Oficios. No acudirían por la llamada de las campanas, pues éstas estaban «muertas» desde el día anterior, sino por el ruido de las matracas de los niños que, recorriendo las calles, al mismo tiempo decían cantando: «Vamos tías a misa, que está el cura en camisa; vamos tías a maitines, que está Jesús muerto. Y todos asistíamos a la iglesia con gran devoción. Al devolver el Señor al altar de la Virgen, tinieblas, se reproducía el mismo ruido de matracas y golpes del día anterior, quedando la iglesia en completo silencio, que no se había de terminar sino en la Pascua de Resurrección. Por la noche sería la procesión del Entierro, y terminada ésta, sería el Miserere con sermón, celebrados en el altar del Santo Cristo.

El sábado de Gloria. — Se celebrarían las largas ceremonias propias del día, y terminadas éstas, con la bendición del agua, la luz y el fuego, los niños y niñas acudiríamos con jarras o vasos por el agua bendita, para con ella, bendecir o rociar nuestras madres sus casas. Los largos ayunos y abstinencias, novenas y rezos de la Cuaresma habían terminado, y con la perspectiva de la resurrección del Señor y la alegre primavera, nuestros corazones se abrían a la esperanza alegres y risueños.

El Domingo de Resurrección. — Se asistiría de mañana a comulgar para cumplir con parroquia y a las nueve se asistiría a Misa Mayor o de Gloria, pues al cantar esta oración, los monaguillos dejarían las matracas para tocar las campanillas, mientras que en la torre las campanas tocarían alegres a gloria. Saldría después la procesión del encuentro, en la que el Niño y la Virgen, vestidos ya de alegres y vistosos colores, se encontrarían en la plaza Mayor, como signo de triunfo y de alegría. Y con esta alegría discurriría el día con buena comida, y bebida, ricas rosqui-

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

llas y, para los chicos, ricas monas o cluecas de uno o más huevos que nos las comeríamos en compañía de los amigos, mientras que los mayores pasarían la tarde en cafés y otras diversiones. Era costumbre que el herrero este día salieran con una canasta a pedir huevos por sus servicios prestados a los vecinos y que todos se prestaban a darlos con esplendidez y gusto. ¡Qué menos!

El mes de Mayo, de las flores a María. — Se celebraba yendo los chicos en compañía de los maestros todas las tardes a rezar y cantar las flores. Ibamos formados en fila y en la iglesia cantábamos: Venid y vamos todos con flores a María, con flores a porfía que madre nuestra es, y ofreciéndole también versos.

La Ascensión del Señor. — Era el día en que se solían celebrar las primeras comuniones, aunque no solían ser todos los años, por haber pocos niños de la edad, que era a los doce o más años, y por tal motivo, era día de imborrable recuerdo y felicidad.

Pascua de Pentecostés. — Además de celebrarla en su día con misa mayor, al día siguiente se celebraba también en la ermita de Santa Bárbara. El mayo estaba plantado en el Cantón, como señal de la fiesta que se celebraba. Se subía a las eras en cuadrillas o parejas para sistir a a la misa que habría de empezar a las nueve o diez. Al entrar en ella las gentes cantarían el himno a la santa, que empieza: «Libranos, Bárbara santa, de rayos y tempestades», con una música que nunca se nos olvidará por lo bonita que es. Terminada la misa con sermón, las gentes saldrían de ella para desparramarse, los mayores, unos, a ver sus cosechas cómo crecían, otros a sus casas para preparar las comidas; los jóvenes se quedarían en la amplia explanada o eras, en corros; unos para formar bailes y otros a despachar sus meriendas hasta la hora de la comida, en que bajarían al pueblo para, después de la comida de fiesta, pasar la tarde en amables diversiones. Las ricas rosquillas hechas por nuestras madres, compuestas de harina, huevos, anís, etc., no faltarían en ninguna casa, que devoraríamos chicos y grandes, con gran placer.

El Corpus. — Se celebraba la misa solemne, con exposición del Santísimo acompañada del campanilleo de los monaguillos y los silbatos de agua o viento de los niños con gran estrépito; salía la procesión con el Santísimo bajo palio y acompañamiento de las autoridades hasta el Peirón, donde se hacía la bendición y volver y terminar la misa. Por la tarde, sería el principio de la Octava, que había de seguir todas las tardes de la misma, con la asis-

tencia de los chicos y los maestros, terminando con la procesión menor o un recorrido más corto el último día de la Octava.

La de la Virgen de Agosto (15 de este mes). — No faltaría muy de mañana el Rosario de la Aurora (en las que tanto trabajaron por él, doña Trinidad y doña Pía). Después de la misa primera sería la mayor y en ella saldría la procesión con la Virgen en su cama, que la sacarían y vestirían las mozas. Se haría un alto en las faenas de la era para guardar esta fiesta, y por la tarde, empezaría después de las vísperas y rosarios la novena que había de terminar la víspera de San Bartolomé.

Las de San Bartolomé. — Es el 24 de agosto y es la principal de todas, muy celebrada por los naturales. Para dicha fecha raro era el vecino que no había terminado las faenas de la era, quedando únicamente algún rezagado. Las mujeres hacían su colada para tener su ropa bien limpia; su casa la habían blanqueado de arriba a abajo, hechos sus colchones, su masada del tierno pan, sus ricas tortas de Mallorca; los pollos más grandes y bien cebados en su corral, los licores y vinos de mejor calidad, la buena magra del pernil, las buenas frutas de su huerto, melón y sandía; el sastre había confeccionado los trajes de los varones de la casa y ellas, sus vestidos vistosos y lucidos. También el Ayuntamiento se había preparado de pastas, licores y esponjados y pollos para las corridas; tenía contratada la música que había de actuar en la fiesta, y el predicador del sermón; había mandado barrer las calles, plazas y rincones para que estuviesen bien limpias, aunque el resto del año las dejara olvidadas; se habían repartido las cintas del baile y todo estaba preparado para el día grande de la fiesta.

Llegado el 23, a las doce, voltearían las campanas de la torre anunciando el comienzo de las fiestas, y al atardecer, los chicos iríamos a esperar en la Cuesta a los músicos, que se repartirían los concejales para tenerlos en sus casas; después se reunirían todos en la casa del Ayuntamiento para, desde allí, salir en formación marcial a recorrer el pueblo tocando pasacalles, los cuales reunirían a la población infantil, que delante iría saltando y bailando de contentos (no siendo yo el que menos lo hiciera). Al anochecer, en la iglesia se cantaría la salve con acompañamiento de la música y el Ayuntamiento, y, terminada ésta, a cenar para tomar café en el café con los forasteros y después al baile de la plaza que terminaría a media noche. No todos se irían a acostar, por lo menos los jóvenes seguirían rodando o cantando hasta la madrugada.

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

A la mañana siguiente, el toque de diana despertaría a los vecinos, y, a las nueve, las campanas de la iglesia llamarían a los fieles a la misa mayor. A ella acudiría el Ayuntamiento en corporación, acompañado de la música y todo el pueblo con los numerosos forasteros que llenarían el templo, quedando solamente en casa las amas para preparar la comida a los de casa y convidados que serían varios.

La misa empezaría con el canto de la Tercia en el coro; seguidamente se organizaría la procesión con la imagen del apóstol bendito, precedido de las banderas y santos de la corte celestial, o sea de los que en la iglesia había, seguido del Clero, autoridades, música y pueblo, en dos filas, primero, los hombres y tras ellos, las mujeres, siguiendo el itinerario acostumbrado. Al volver continuaría la misa de terno, oficiando con el párroco los curas de Aguilón y de Villanueva, orquestada por la música, que sería la de Aguarón, Encinacorba, Cariñena u otra, no faltando el sermón de campanillas. Se adoraba la reliquia, se repartía el pan bendito entre los fieles (pequeños trozos depositados en canastillos), y terminada la misa, Clero, Ayuntamiento e invitados, precedidos de la música, irían al Ayuntamiento al refresco que éste ofrecía. Sería la hora de comer cuando éste terminaba y esperaba en casa la suculenta comida que con avidez se devoraba, consistente en buena sopa, buen ternasco, buenas frutas, torta y buen vino, levantando la mesa para ir a tomar café, copas y puro en compañía de la familia y forasteros. A las tres tocarían a vísperas, que algunos poco asistirían a ellas para después de éstas ir a la plaza, donde iba a empezar el baile de cinta y la corrida de pollos, con asistencia de autoridades y música. Terminadas una y otras, seguiría el baile público hasta la hora del Rosario, al anochecer, al que acudiría todo el pueblo con autoridades y música. Después de éste, sería la hora de cenar, también abundante y sabrosa, compuesta de verduras, pollo, perdiz, conejo o cordero guisados, frutas, tortas, café, tomado en su establecimiento, hasta la hora del baile, que unos irían a él, y otros optarían por continuar allí la velada. Después del baile, aun seguiría éste en algunas casas particulares, y todavía algunos jóvenes seguirían rondando hasta altas horas de la mañana.

En el segundo día de fiesta, el toque de diana despertaría a los trasnochadores, y a las nueve se asistiría a la iglesia a oír la misa por los difuntos con acompañamiento del pueblo, autoridades, orquetada por la música, pues fueron años después cuando su actuación en el templo se prohibió. Seguidamente se asistiría

a la plaza a oír el concierto de música y baile hasta la hora de comer. A las cuatro, se celebraría en la plaza la segunda corrida de pollos y baile público, hasta la hora de cenar, que se reanudaría después hasta media noche, que con la retreta terminarían las fiestas. Al día siguiente, silenciosamente la música volvería a su pueblo, mientras que en el nuestro se guardaba fiesta, como día de la «Abuela», para celebrarlo en familia y con los pocos forasteros que quedaban, yendo por la tarde a merendar a la fuente, al huerto o a la viña, en parejas o grupos. Y así, tranquilos y descansados, hasta la vendimia, en que empezarían los trabajos de la recolección de la uva.

El mes de octubre o del Rosario. — Durante éste se rezaría el rosario, al atardecer en la iglesia saliendo éste por las calles el día del santo con su cofradía.

El mes de las Animas o de noviembre. — Se celebraría como el mes anterior con la novena propia de ellas.

La fiesta de Santa Bárbara (4 de diciembre). — Se reunían los fieles en la parroquia y de ella se organizaba la procesión que había de asistir a la ermita de la santa, a más de media hora en penosa cuesta. Allí se entraba cantando el himno de la santa y se oía la misa con sermón, terminada la cual, se volvía a casa, ya que el tiempo no apetecía mucho estar en aquella altura. Por la tarde, la gente la pasaría en cafés y otras diversiones.

La de Navidad. — Se asistía a la misa de gallo, a las doce de la noche, después de celebrar la velada en familia, tomar la cena de ayuno, los buñuelos de miel, vinos y licores y acaso, algo de turrón, pues éste iba muy escaso. Al día siguiente, día de Pascua, se guardaría como tal fiesta.

* * *

Esta canción a Santa Bárbara la hemos oído después, que dice: Santa Bárbara bendita / en el cielo estás escrita / con papel y agua bendita. — Jesucristo te ha enclavado / en el árbol de la cruz. — Pater noster. Amén, Jesús.

VII

1. *Entierros*

Cuando había que viaticar a un enfermo se tocaban las campanas de la iglesia y las gentes acudían a ésta con velas, y bajo pa-

lio, se iba a la casa del enfermo en procesión, cuya casa la tenían adornada con sábanas o colchas en las puertas y ventanas y luces encendidas, volviendo a la iglesia con la misma seriedad y orden que se fue. Al fallecer el enfermo, una pareja de monaguillos recorría las calles, tocando las campanillas para llamar a las gentes al rezo de rosario en casa del difunto, al atardecer, y si la casa era pequeña, sucedía que el público tenía que permanecer en la calle mientras la rosariera o rezadora rezaba el rosario. Para el entierro las campanas tocaban a muerto, y todo el pueblo asistía a la casa del difunto, esperando la llegada del sacerdote, sacristán con la cruz y cantores, entonando el Miserere Dey; los trabajadores cogían la caja del difunto por sus asas; las gentes iban delante, desfilaban en dos filas, y las mujeres, detrás del cura y duelo, parándose tres o más veces en el recorrido hasta la iglesia, según la categoría del entierro. A su llegada a ésta se entonaba el responso y, a continuación, se trasladaba al difunto al cementerio, generalmente al nuevo, clavando la caja al llegar a la Fragua, y asando o a hombros; seguido de los familiares y vecinos seguían hasta darle sepultura en tierra pues hasta hace pocos años no se construyeron nichos. Las mujeres, con el sacerdote, mientras tanto, irían a casa del difunto a rezar un responso y dar el pésame a la familia. Esto se haría, generalmente por la tarde, para que los hombres pudieran asistir después de llegar del campo y al otro día, por la mañana sería el funeral, al que también asistiría casi todo el pueblo, dando con ello muestra de solidaridad con la familia del difunto.

Existía entonces una cofradía, la del Rosario, con la obligación de asistir a estos actos con capa y sombrero, pasando lista después de ellos, cuyos nombres figuraban en unas tablas con cuerdas al lado de cada nombre, que se corría del que faltase, para imponerle la multa, la cual se hacía efectiva en la festividad del Rosario. Por los fallecidos se rezaba todos los días de fiesta o domingos, en la rogativa que iba nombrando el celebrante de la misa, costumbre ya desaparecida.

Las bodas. — Antes de celebrarlas se hacía el «ajuste», que consistía en la reunión que ambas partes interesadas tenían para acordar lo que cada una aportaba al matrimonio, que alguna vez no llegaba a efecto por cepa de más o cordero de menos, porque era el interés el que mediaba en ellas. Si era jornalero o pobre, el padre le entregaba al novio un pico o azadón; y si era rico, ganado, tierras o dinero. Si había acuerdo, se fijaba la fecha de la boda y si habían de vivir con los padres o en su casa propia. El

sacerdote los examinaba a los novios de catecismo. (A mí, maestro, el buen mosen Gabriel, me preguntó el Credo o Padrenuestro); se «echaban» las tres amonestaciones en fiestas sucesivas, y, en la segunda, se le daba la enhorabuena, repartiendo los novios peladillas a los chicos, y torta y licores a los mayores. La víspera de la boda, amigas de la novia, cogidas del brazo y formando de frente, iban por las casas de los convidados anunciando la hora de la boda, y al segundo toque de la campana acudían los novios e invitados a la ceremonia. A la salida de ésta no faltaría el «bautizo», o sea arrojar confites a los niños que la esperaban en la calle. En casa de la novia se celebraría la comida, mientras que los novios, si no quedaban en el pueblo, emprenderían su viaje de novios. Habría por la tarde baile para los jóvenes y para el resto lo pasarían en el café o en familia.

Los bautizos. — Estos se celebraban al día siguiente del nacimiento o poco después. Se le ponían los vestidos de cristianar, blancos y lujosos, según la posición de los padres; la madrina lo tenía en sus brazos, contestando a la palabra del sacerdote, comprometiéndose a cuidar de la educación cristiana del ahijado, que no se cumplía, pues se dejaba como obligación de los padres. Se le imponía el nombre que deseaban éstos o padrino, y, a la salida, esperaban la chiquillería para recoger las peladillas, confites o monedas que los padrinos o familiares les echaban, y, ay del bautizo que no las tiraba, que lo llenaban de improperios. La familia convidaba a los asistentes con chocolate y pastas.

Confesiones. — Los niños que no habíamos tomado la primera comunión nos confesábamos al final de la Cuaresma en un día de clase. Antes y durante la Cuaresma asistíamos al catecismo de la parroquia por las mañanas y en fila con los maestros y allí, sentados en el suelo, nos explicaba el sacerdote con la caña en la mano para castigar con ella al enredador o desaplicado. En la confesión, el confesor nos echaba de penitencia, que nuestras madres nos dieran para almorzar un huevo frito y, por la tarde, nos comíamos, con los amigos, la mona de Pascua o nos reuníamos en merienda. Los mayores cumplirían con parroquia también para Pascua, confesando y comulgando con toda devoción y piedad, siendo muy pocos los que no lo hicieran.

Primeras comuniones. — Estas se celebraban cuando los niños y niñas llegaban a los 12 ó 14 años, que si seguían en la escuela, lo hacían, pero si ya habían salido o no habían asistido, era más difícil su cumplimiento, incluso de tener que luchar para conseguirlo.

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

El párroco los preparaba a los dos sexos, y generalmente el día de la Ascensión se celebrara ésta. Muy pocos serían los que lo hicieran y algunos años, por esta causa, se dejaría de hacer. Las niñas vestirían de blanco y los niños de color; unos calzarían zapatos, pero otros, pobres vestidos y alpargatas. Comerían todos juntos, por separado, en la casa de alguno de ellos o por la tarde celebrarían alguna merienda o se comerían buena fuente de arroz con leche, guardando en sus inocentes corazones el recuerdo de un día feliz.

2. Las carnestolendas o máscaras

Los carnavales, que también así se llamaban, empezaban en San Antón (como decía el refrán: «Para San Antón, carnavales son») y terminaban el domingo de Piñeta y jueves lardero, llamado así, porque como despedida, se comía el adobo del cerdo que se guardaba en las tinajas. Durante este tiempo las gentes hacían el payaso de vestirse de distinto sexo, se tapaba la cara con caretas para no ser reconocido y se gastaban bromas, algunas de ellas pesadas, que causaron serios disgustos, aunque imperaba en ellas la broma y la gracia. Afortunadamente, desaparecieron porque en algunos sitios resultaban inmorales.

3. La Cuaresma

Desde el miércoles de ceniza hasta la Semana Santa que duraba, las gentes la observaba con sus ayunos, abstinencias, confesiones, novenas y penitencias, como buenos cristianos, según costumbre de entonces.

4. La Semana Santa

También ésta sería observada con todo rigor, asistiendo a todos los actos que se celebraban en la iglesia, como tomar el ramo en el Domingo de Ramos y asistir al Vía Crucis al Calvario; asistir a los Santos Oficios del Jueves Santo y a los Maitines y procesión y Miserere del Viernes, tomar el agua bendita el Sábado de Gloria y estar en la misa y procesión de Pascua, gozando de su alegría como había penado de la tristeza de la Pasión.

5. Operaciones caseras

Las principales de éstas eran: la molienda del trigo, el cernido de la harina, el amasado y la cochura del pan, el lavado de la

ropa o colada y la matacía del cerdo, además de otras menores, como guisar, asear la casa, hacer la compra, etc.

La molienda del trigo. — Raro era el vecino que no tenía el trigo para el pan de todo el año, a no ser que fuera un jornalero pobre. El trigo se llevaba al molino que generalmente era este propio molinero el que iba por él con su caballo o macho. Reco-gía las talegas o molinada y las llevaba al molino, donde lo convertía en harina, quedándose el importe de la molienda; y terminada ésta, le devolvería a su dueña el saco de harina.

El cernido. — Esta harina, si no lo hacía el molinero el cernido, lo tenía que hacer la interesada en su torno o en el de la vecina. Con él cernería la harina para separar la harina de flor del menu-dillo y cabezuela para la hechura del cerdo o gallinas, y el salvo para el pienso de cabras o caballerías.

El masado de la harina. — La madre, hija o criada se encargaría del amasado del pan. Por la noche se proveería de la levadura que le dejara la vecina de su última masada; la calentaría al fuego, puesta en una cazuela, y con agua caliente haría una masa con harina envuelta en la levadura, que al fermentar durante la noche, se haría toda ella masa, que a la mañana siguiente la aumentaría con más harina hasta completar la trentena de panes que habían de durar hasta la nueva masada. Con la masa hecha, la llevaría entre maseros, en una canasta, al hombro al único horno del pueblo, en donde, otras varias mujeres acudirían también a lo mismo. Allí, sobre los tableros corridos, fraccionaría en trozos de a kilo o medio kilo en panes de cinta, de molde o cañadas, que luego las entregaría al hornero, por turno, el cual, en su pala de largo mango, la metería al horno para su cocción. Entregaría una pieza al hornero y otra para el que llevara la leña y el resto, después de lustrar las piezas con una piel mojada en aceite para darles lustre y brillo, las colocaría sobre el tablero o panera, que, colocado sobre el rodel de su cabeza, airosa y gallarda, la llevaría a su casa, que la colocaría en la masadería envuelta en mantas para conservar su blandura, ya que había de guardarse durante varios días. Casi todos los vecinos hacían esta operación y los que no, como funcionarios y jornaleros pobres, lo compraban del hornero, del que llevaba la leña o del que lo hacía para vender para el pueblo o para los pueblos vecinos, como Cariñena, Longares, etc. También se cocían tortas, roscones, rosquillas, magdalenas, etc.

La colada de la ropa sucia. — La ropa sucia se limpiaba de la siguiente manera: Primero se hacía la colada en casa, después se

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

lavaba en el río, se secaba sobre las zarzas o sobre las piedras de la rambla y, por fin, se planchaba. La colada se hacía de esta manera: se metía la ropa en un cuenco colocado cerca del fuego, sobre un banco; se cubría con un lienzo recio y sobre él se colocaba una capa de ceniza; sobre ésta se iba echando agua caliente, sacada de un caldero puesto al fuego sobre un caballete o trévedes. El agua con la ceniza formaba lejía, que lavaba y blanqueaba la ropa, repitiendo la operación varias veces, yendo la lejía que caía por una canula del cuenco a una terriza y de ésta al caldero y así sucesivamente hasta terminar la operación, sencilla, económica y eficaz. En el río o acequia de la fuente lavarían y la aclararían, quedando blanca como una paloma.

La matacía del cerdo. — Raro era el vecino que no criara uno o varios cerdos en su choza o corral, alimentado con los desperdicios de la casa y huerto. Se compraba de pequeño del tocinero que para septiembre venía a venderlos con su piara. Se engordaba para hacerlo de 6 o más arrobas, y, por enero o febrero, se le degollaba. Bien de mañana le sacaba de la choza, y se le conducía a casa, donde esperaba el matachín provisto de sus herramientas y, ayudado por los hombres de la casa, lo echaban sobre una vacía vuelta de revés y, sostenido por aquéllos, el matachín con su cuchillo lo degollaba, recogiendo la sangre en una terriza, con la que se harían después las bolas y morcillas, tan ricas y sabrosas. Se pelaría a continuación y tras los alaridos del pobre animal que hacían despertar al vecindario, el cerdo se colgaba del techo en el patio; se le sajava y abría en canal y se le dejaba orearse buen rato, para después partirlo en piezas de perniles, blancos, manos, miondongo, etc., piezas aquellas que habían de ser saladas por los varones y puestas a secar en el granero hasta que bien curado resultara el buen jamón serrano. Las mujeres harían el miondongo, esto es, las bolas, morcillas, longanizas, chorizos, el adobo. Esta operación requería la ayuda de la familia y, por tal motivo, había que invitarla a la fiesta. Se almorzaba las ricas migas con huevos fritos y por la noche, que ya estarían los hombres vueltos del campo se tendría la cena fuerte de buena verdura, bolas y morcillas y buena sartenada de cerdo. Todavía se obsequiaría a los más allegados con el «presente», consistente en un plato de un poco de cada cosa de la matacía. Bonita escena familiar.

Otras operaciones propias de la mujer. — Además de las ya dichas, la mujer se ocupaba en otros menesteres, como: preparar el avío o merienda a los hombres que iban al campo, el al-

muerzo de migas y huevos para grandes y chicos; asear a los chicos para asistir a la escuela (aunque esto no requería mucho quehacer); limpiar la casa y la calle o frontal, preparar la comida, ir por agua al río o a la fuente, hacer la compra, o ir al huerto por la verdura, fruta, etc.; limpiar la choza y llevar la comida a cerdos, gallinas, etc., y después de comer, fregar los vajillos en el río o acequia, remendar la ropa, hacer calcetines o medias, hilar en la rueca las más ancianas y todavía les quedaría tiempo para, si hacía bueno, salir a la calle para conversar con las vecinas y enterarse de las noticias locales. Si era beata o piadosa, por las mañanas asistir a misa y, por la tarde, al rosario al atarceder.

VIII

1. Operaciones agrícolas

Eran varias las operaciones que se realizaban: para los cereales, para la huerta, para la uva, para el olivo y otros menores. Para los cereales: labrar, abonar, sembrar, escardar, segar, acarrear, trillar, almacenar. Primero se labra la tierra con el arado, que entonces era el romano y raramente la vertedera; *roturando*, si era yermo; *de barbecho*, si era de rastrojo; *binar*, si era para sembrar; antes de esto se *destormaría* con el mazo o rastra o rastrillio; después se sembraría a voleo para cubrir la semilla con la grada; antes se habría echado el estiércol o fiemo, porque abonos todavía no se conocían, hasta el año 14 ó 16; se escardaría en primavera para quitar los cardos y demás yerbas malas; la desinfección de la semilla se haría al sembrar o al espigar, para matar el tizón, garrotillo y otras enfermedades o plagas; se segaría para junio y julio, con hoz con cuadrillas de segadores procedentes de Valencia y de la tierra; la mies cortada en haces la dejarían sobre suelo para que se secara más; luego los recogerían formando fajos y éstos los amontonarían en faginas de a treinta; se acarrearían a la era en caballerías o carros, muy de mañana; allí se extenderían para formar la parva; ésta se trillaría con trillos de piedra y sierras, tirados por caballerías; la mies se revolvería con horcas varias veces para que se triturara mejor, hasta convertirla en paja, granzas y trigo, avena o cebada; terminada esta operación, que duraría casi todo el día, con una tabladera o rastrillo se amontonaría la parva para ser aventada con horcas y palas, separando el grano de la paja; el primero se porgaría para limpiarlo de las granzas, y aquél, metido en talegas o sacos, se

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

llevaría, en carros o acarga, al granero, menos el que se vendiera a la fábrica o al negociante en ello. La mejor clase se guardaría para la nueva siembra.

Operaciones de la huerta. — Se cavará la tierra con la soteira, el pico o el arado o vertedera, según la extensión de la finca; se femará después y a continuación se procedería a la siembra de la simiente o de las matas, de los viveros, como ensaladas, coles, etc.; se regará después; se limpiará de las malas yerbas; se entrecavará, para esponjar la tierra y se recolectará cuando llega a su desarrollo. Parte se venderá y lo demás se consumirá en casa. Las patatas se sembrarán en febrero o marzo para recogerlas en julio o septiembre, según fueran tiernas o tardías; la judía, en julio, para cogerlas secas en noviembre y así sucesivamente los demás cultivos. Los árboles frutales, como perales, manzanos, melocotoneros, higueras, etc., se plantarían, se podarían, se desinfectarían de los insectos, y se haría la recolección del fruto. Actualmente se paga bien la fruta y la gente saca bastante de ella.

Operaciones de la oliva. — Se haría la plantación aunque escasa, porque produce poco por ser secano. Una vez criados, se labraría en invierno y primavera, se remoldearía en invierno; se desinfectaría, aunque pocos medios existían entonces; se recolectaría en invierno a ordeño; se limpiaría aventandolas, se llevarían al molino para la obtención del aceite, generalmente al de Cariñena, por no haber en el pueblo. El aceite se guardaría en tinajas o zafras.

Operaciones de la viña. — Se labraría la tierra donde se plantara la viña, la cual sería por barbados, cultivados previamente en la huerta; se injertaría después (actualmente se hace con planta americana); a los dos años se dejarían los pulgares para la formación de la cepa; de los sarmientos de ésta se dejarían algunos pulgares, quitando los bordes o extraños, desborlizando; de las yemas de los pámpanos se quitarían, o derrazaría y aun se despuntaría para dar más fuerza al sarmiento; se sulfataría y se les azufraría para evitar el mildew y el oidium; se les labraría de invierno y de primavera; cuando empezaran a enverar en agosto, se les guardaría por los viñadores, y, por fin, para octubre, se vendimiaría, empezando primero por las del pueblo y blancas, seguidas de las del monte o fuera. Se llevarían cuadrillas de vendimiadores, muchos forasteros (actualmente escasea mucho el personal, hasta el del pueblo). La operación se haría con el farcino, que se vaciaría el fruto en el cesto y de éste al cuévano, para lle-

varlas en carga o carro al lagar; allí se pisarían las uvas con los pies o estrujadora; lleno el trujal o lagar, se le dejarían fermentar para convertirse en vino; éste se sacaría con una bomba aspirante, pasándolo a otro trujal para nueva fermentación, y la brisa se llevaría a la prensa, bien de madera o de hierro, para extraer de ella el vino y echarlo en cubas para otra fermentación. Terminada ésta, el vino estaba dispuesto para su consumo, que se haría en casa o a la venta, llevado en pipas o bocoyes a Zaragoza, Barcelona, etc., vino que tendría muy bien sus 18 ó 20 grados, famoso en todas partes por su buena calidad. Con las brisas se llevarían a la fábrica para obtener de un vino inferior, el aguardiente, en Villanueva o Cariñena. También del mosto de la uva se obtendría, cocido éste, el mostillo, muy apreciado. Y también se obtendrían clases diversas, como tinto, clarete, pajarilla, blanco, dulce, rancio, etc. Saldría neto y puro de su bodega; la adulteración se haría, acaso, después.

2. Otras operaciones del agricultor

Además de las señaladas, limpiaría las cuadras y corrales, llevando el estiércol o fiemo a la femera, para de ésta, al campo o huerta antes de sembrar; iría muy de mañana a la fragua a aguzar las herramientas o herrar sus caballerías; a éstas les echaría los piensos durante el día y la noche y los llevaría al río a abrevar; al esquilador para esquilarlos y al veterinarios, si estaban enfermos; si tenía ganado, tendría que, juntamente con su pastor, tender a sus pastos, piensos, crías, etc.; cuidaría de sus atalajes de trabajo, como aparejos, arados, carros, etc.; de la compra y venta de productos, etc., etc., de mil cosas en fin, para atenderlas con interés.

3. El vestido

Los más viejos, o sea nuestros abuelos de entonces, vestían a la antigua, o sea: alpargatas abiertas, calcillas o medias hasta la rodilla, pantalón corto, sujetado con banda a la cintura, chaqueta corta y muy ajustado al talle, chaleco, pañuelo a la cabeza, atados a ella, y para abrigo o gala, capa y sombrero amplios, y para el viaje, alforjas al hombro, de lona, si era para el campo, y de color, si era para aquél. La manta o el tapabocas lo usaría para abrigarse en invierno.

Nuestros padres y jóvenes usaban alpargatas, pantalón largo, chaqueta y chaleco, boina, la ropa interior ya sería de hilo y no

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

de cáñamo como la usaron sus padres. Para el campo usarían abarcas con pedugos de lana, manta y alforjas para la merienda. Los niños usaríamos pantalón corto en nuestros primeros años, pero pronto vestiríamos de largo, como los hombres. La bota se emplearía, unos y otros para vestir.

Las mujeres vestían saya larga y de amplios vuelos, jubón o gabán, toquilla o manteleta, delantal, vestidos interiores de lino o algodón, pañuelo a la cabeza y peinado largo con moños, que se sujetaría con horquillas y peinetas. Para abrigo, mantones de lana, y para la iglesia, mantilla de tul, de paño negro. De gala lucirían ricos mantones de Manila, vestidos lujosos y brillantes y zapatos negros de charol y pendientes. Las jovencitas, pronto dejarían el peinado de trenzas y faldas cortas para vestir como mujercitas, pero siempre honestas y sencillas.

Los mozos llevarían la manta o el tapabocas de gala al desgaire, para lucir su majeza y juventud.

4. La comida

En las casas, generalmente se almorzaba migas y huevos fritos; se comía al mediodía, el cocido con la sopa, las legumbres de garbanzos o judías, carne de éste y postres, y para cenar, sopa o verdura, carnes o tortillas y postre. Para merendar, poca cosa. Para el campo se llevaba la merienda, que consistía en el pan, tortilla o chorizo, jamón o sardinas, vino o agua y para cenar se les guardaba el cocido o las patatas, etc. Pero no en todas las casas era este el menú ordinario, sino bastante más simple; farinetas, patatas, un chorizo o una sardina y a dormir, o sea, muy poca cosa, tanto a grandes como a pequeños y a éstos acaso menos, comida frugal y escasa.

De caza se comía conejo, liebre, perdiz, pájaros; de pesca: barbos, madrillas, cangrejos, ranas, anguilas; se hacían buenas tortas, roscones, rosquillas y buñuelos, y se bebía el vino de la tierra y bebidas alcohólicas traídas de Cariñena de las fábricas de Díaz o Tejero. Había estanco para los fumadores y varios cafés para los aficionados a bebidas y juegos.

5. La luz, el fuego, el agua, el aseo y el vertido

La luz era con el candil de aceite, mecha de algodón o pabilo, pues raramente se veía el quinqué de petróleo, pues la luz eléctrica hasta el año 15 ó 16 no se instaló en el pueblo. También se usaba la vela de cera, o de sebo o esperma; pero tanto una como

otra eran luces mortecinas, incómodas y molestas con que había que pasar las veladas largas o cortas en invierno y en verano, en casa o fuera de ella. ¡Qué diferencia con la luz de ahora!

El fuego era alimentado con las cepas secas, sarmientos, romeros, aliagas, ramas de árboles, troncos secos, ginestas, etc. almacenadas en el bardal del corral, quemadas en el hogar bajo de la cocina para la cocción de los alimentos y la calefacción de las personas; se encenderían grandes fogatas para calentarse de pronto, o se harían brasas para el calor lento, sentados al lado de él en los bancos contiguos. Junto a él se reuniría la familia en las horas invernales para pasar la velada, oyendo los cuentos del abuelo, los consejos del padre o tratar de los negocios del casa; horas íntimas y agradables que dejaron recuerdos imborrables.

El agua. — Esta había que traerla de la fuente, del río o acequia, en cántaro o botijas para depositarlas en los cantareros o en tinajas, de la que nos serviríamos para guisar, lavarnos, beber, fregar, etc.; las mujeres la traerían sobre sus cabezas, hombros o costado bien de mañana en verano para cogerla fresca y en invierno, poco después porque era necesaria. Ella serviría también para los animales de corral. Actualmente el agua ya está encañada en el pueblo y poco a poco se quiere instalar en las casas. Actualmente lo está ya y alcantarillado.

El aseo personal, con esta dificultad en el agua, si se tenía tenía la jofaina o lavabo y su jarra de agua, pero no se observaba rigurosamente cosa corriente en aquellos tiempos, pues recuerdo que en el primer pueblo que fui de maestro tuve que imponer la costumbre de lavarse los niños, porque no lo hacían, y en poco tiempo los chicos se volvieron más guapos y simpáticos. Por lo demás, como el agua se tenía abundante, la limpieza de la casa, ropas, etc., era extraordinaria, ¡cómo limpiaban sus mujeres! En cambio, los pueblos que no la tenían, ¡cómo andaría la limpieza!

El vertido, por no haber agua corriente en las casas, había que evacuar en el corral o cuadra, y donde no las había lejos, aunque fuera de noche, en lugares apartados y oscuros; las aguas sucias se tiraban a la calle, que todo lo recogía y así andaba la limpieza pública; menos mal que las mujeres limpiaban sus fronteras diariamente. Actualmente, en todas casas hay retrete. ¡Qué diferencia!

IX

1. *La vivienda*

Esta era muy variada, desde la señorial casa del Marqués a la más humilde del pastor, pasando por la del rico hacendado, el de mediana posición o corriente y la humilde del jornalero.

La casa del marqués. — Era un amplio edificio, sito en la plaza y calle Mayor, de amplia fachada, unos cuarenta metros de largo con tres pisos, cinco o seis balcones en el primero y grandes rejas en la parte baja; gran puerta sobre la que campeaba el escudo marquesal; grandes patios de entrada, separados por puertas elevadas, amplias habitaciones en la planta baja, en las que vivía el Administrador señor Roque con sus sobrinos Nicómedes y Catalina y los hijos de éstos Joaquín y Teresa. En la primera planta, las habitaciones del marqués, grandes, ricamente amuebladas, sobre todo la del trono con muebles de estilo francés, altar con hermoso retablo con oratorio del Señor. Otra planta superior para graneros. Gran huerta, corral amplio para el ganado y aves; cuadras para los pares de labranza y otros bajos arrendados al carnicero, al cestero, al labrador; y fuera de él, horno de pan, molinos de harina, graneros, corrales, etc.

Las viviendas de abolengo o señoriales. — Tendrían fachada abalconada, puerta en arco románico, patio generalmente empedrado, amplio como el resto de las distintas dependencias, como cocina, sala, dormitorio, despensa, cuadra, corral, bodega, masadería, todo en la planta baja, y en la superior, con escalera amplia y rico barandado, estaría la sala noble, con alcobas, dormitorios para los hijos, y, por fin, en la tercera planta los graneros para guardar el grano, las frutas secas, el cerdo a secar, etc. Todavía estaría la falsa o buhardilla para trastos, etc. Ejemplo de estas casas, la de los Tadeos, la del párroco, Curia, etc.

La casa no señorial, pero acomodada, sería la que no tuviera tantas dependencias ni tan amplias como las anteriores, pero tendrían las necesarias, si no en la misma casa, separadas; ejemplo de ellas la de la Aprobanta, albañil, Cananos, etc.

La casa corriente o modesta, sería poco más deficiente que la anterior, pero con buenas habitaciones, como los Boticos, Politos, Herreros, etc.

La humilde del jornalero, sería deficiente en el número y calidad, hacinados si era numerosa y con dependencias separadas,

como el corral, la cuadra, la choza del cerdo; ejemplo, la de Serapio, Rudal, Crespo, etc.

La del pobre pastor, sita en la paridera del ganado, poseería una cocina para guisar y un granero para dormir la familia.

Las cuevas son viviendas cavadas en la ladera del terreno, humildes, pero cómodas y confortables, aunque escasas; por ejemplo, la del Tarcual y Damiana, El Jorro, etc.

2. *El ajuar de la casa*

En una casa de un labrador acomodado se podían ver los siguientes utensilios: En el patio, sillas de anea o esparto, adosadas a la pared, mesa y banca de nogal o de otro material más sencillo, cantarero para las botijas y cántaros del agua. En la cocina, fogón bajo con plancha en el fuego rodeada del rodil del mismo metal, otra plancha al fondo para resguardo de la pared con retieves de santos; sobre la plancha primera, lorigas, tenazas, badil, badileta, parrillas, trévedes, fuelle, etc. A los lados del hogar, corridos bancos para asiento cómodo de la familia, y tras de ellos, el leñero que alimentaba el fuego. Cerca, la mesa con las sillas correspondientes para el servicio de las comidas; el armario para guardar los utensilios de guisar y comer; la fregadera y la tinaja de agua, los aparadores con la vajilla de Muel; la espedera en la pared con utensilios de cobre muy relucientes, como cazos, espumadera, calentador, cacerolas, velón, chocolatera, etc., sobre lienzo blanco marcado con las iniciales de la casa. En la sala baja, cómoda para guardar la ropa blanca, sofá, sillas finas, armario ropero, algunos cuadros, y, junto a ella, cama matrimonial con mesilla, crucifijo, lavabo, sillas, etc.

En la despensa o cuarto oscuro, las cosas de comer y beber, como verduras, patatas, tinaja del adobo, toneles de vino, aceite. En la masadería, el torno, la artesa, los maseros, la saca de harina, la panera, el pan, las tortas, etc. En la bodega, las cubas y pipas de vino, el agua fresca y otras cosas de guardar. En la cuadra, las caballerías de labor y de montar, junto a los pesebres y cebaderas; la pajera, donde sobre la paja dormiría el mozo de mulas para cuidar de ellas; los aparejos de las mismas, como mantas, ramales, cabezales, aparejos de montar, silletas y albardas, cinchas, etc. En el corral con cubierto, las gallinas, conejos, comedores, bebederos o pila de agua, gallinero para acostarse, ponedores; choza para el cerdo; bardal para la leña; pajar para guardar la paja y el heno además del trillo, la pala, la horca, el rastrillo, et.; y bajo el cubierto, el carro con sus atalajes, como

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

colleras, tirantes, ganchos, tableros, etc; el prensador de la uva con su prensa y utensilios como tina, botos, pozaletos; los trujales con su tablado; los aperos de labranza como arados, vertederas, gradas, etc.

En la segunda planta o noble: en la sala principal, mesa en el centro con sofá y sillas, cuadros religiosos y familiares, armario o cómoda para la ropa de vestir, etc.; en la alcoba, cortinas, cama bien vestida, con sábanas, mantas, colchas o edredones, uno o más colchones de lana, crucifijo, mesilla, lavabo, etc. En los otros dormitorios, cama de hierro, madera, catre o camastro para los hijos y servidumbre con el servicio correspondiente. En el piso superior los graneros para el trigo, cebada, avena, maíz, patatas, etc., y, por fin, en la falsa, trastos, palomas, conejos, etc.

Por la situación topográfica de la población, que no permite su necesaria expansión y las casas están hacinadas y apretadas, muchas de ellas tienen que alojar algunas dependencias, como cuadras, pajares, bodegas, chozas, etc., apartadas de sus casas, en los extremos de la localidad, lugares llamados por esto pajares, eras, bodegas, chozas, que dificultan las labores caseras.

3. La servidumbre

En las casas acomodadas y aun en las de mediana posición no falta en ellas la servidumbre de criados, criadas, peones, mandaderas, nodrizas, etc. Las criadas o doncellas vivían en familia, hacían los servicios de la casa, pagándoles por ello, además de la comida un modesto salario. Entraban jovencitas y permanecían en la casa hasta casarse y a veces pasaban en ella toda su vida, gurdando entre amos y criadas un amor y fidelidad extraordinarios, como una más de la familia, muy diferente en la actualidad, que tan apenas se encuentran. Los criados o mozos de mulas como las criadas, estaban al servicio de la casa, a la que servían con toda fidelidad, hasta que tomaban estado y a veces seguían después de casados, en cuyo caso, vivirían fuera de casa y además del salario, recibiría del amo el pan, aceite, el vino, la lana de su ganado, etc. El criado cuidaría de las caballerías, labraria, llevaría el carro, etc.

Los pastores residirían con su familia en la paridera del señor, llevaría el ganado a pastar, recibiendo del amo además del salario, comestibles, como trigo o pan, aceite, etc., como los criados casados.

Estos pastores solían llevar en el ganado a alguno de sus hijos

pequeños de zagales que de mayores serían los peones de la casa o seguirían de pastores.

Los jornaleros o peones, unos serían permanentes o por todo el año y otros eventuales, para segar, regar, vendimiar, etc., cobranzo por su servicio su jornal. Las mandaderas serían mujeres que servían en una casa por servicios distintos, como lavar, fregar, limpiar la casa, etc., que vivirían en sus casas y cobraban su servicio concertado. Tanto los criados, criadas, peones, mandaderas y pastores se encontraban fácilmente y por poco dinero, cosa ahora difícil, aun por mucho dinero. Han cambiado las cosas.

4. *Los viajes*

Para ir de viaje se usaba la caballería, el carro, la tartana, el tren de Cariñena o más sencillo, a pie. En este caso, para ir a Cariñena o Longares, por ejemplo, con alpargatas, menta si hacía frío, paraguas si llovía o nevaba, sin miedo al frío o al calor, a la ventisca o al viento se apechaba al camino, y valientes y ufanos, se llegaba a su destino. Si era con caballería, a pelo o con montura, con paje o solo, tapado o descubiertp, poco a poco o corriendo, si la caballería lo permitía se viajaba incómodamente. En carro sería tal vez, con la carga correspondiente y había que aguantar el paso tardo del mismo. Y para coger el tren de Cariñena, había que madrugar para las tres horas de camino poder coger el tren de las 9 de la mañana, como para volver, si eran las 5 de la tarde llegar a Longares a las 7 y al pueblo a las 10 de la noche. ¡Cuántas veces el tío Calcillas haría el viaje a pie a Zaragoza y volver!

5. *Los transportes*

Había un ordinario o recadero, el tío Pascual; antes que él fue el padre de los Loberas, el cual todas las semanas bajaba con su carro a Zaragoza, que además de hacer los encargos que se le pedían llevaba vino para las tabernas de la misma y volvía con los encargos que le habían pedido y con géneros para su tienda y las otras del pueblo. Creo que en cierta ocasión le asaltaron y robaron, pues tenía que andar de día y de noche. En cierta ocasión una mujer del pueblo le encargó fuera al curandero de la ciudad para que le diera el «remedio» para su mal. Este consistió en un cántaro lleno de agua, pero antes de llegar a su destino, el agua se derramó casual o intencionadamente, pero él lo llenó de

Tosos. La vida de un pueblo aragonés a principios de siglo

agua del río y así se lo entregó a la señora, la cual, agradecida de haber curado, le entregaba unos pollos para el curandero, pero el buen ordinario le respondió sin tomar el regalo, que a él acaso debería dárselo, porque él fue quien llenó el cántaro, riéndose de la ignorancia de aquella buena señora.

Había otro recadero, que más bien se dedicaba a transportar trapos y desechos por eso se cantaba: «Si ves un carro cargado de «seda», no preguntes de quién es: de Manuel La Carajera». Otra manera de transportar era llevando la mercancía a Cariñena, en carro, y entregarlo al ferrocarril, como los bocoyes de vino, etc.

6. La correspondencia

El cartero de Aguilón, Perico, lo era también de Tosos. Salía de Aguilón muy de mañana, llegaba al pueblo donde recogía la correspondencia depositada en el buzón público para seguir el camino a Cariñena, sobre las once y recoger la correspondencia que traía el tren de Zaragoza; hacer los encargos que le hicieran en ambos pueblos y regresar a éstos con su cartera y repartirla personalmente a sus destinatarios. ¡Cuánto andar y sudar, por los cinco céntimo que recibiera por cada carta entregada, aparte de la miseria que cobrara del Estado! Después de él le sucedería José de Azuara, tan jovial y servicial como el anterior.

7. El pago de los tributos

La cobranza de la contribución en aquellos años de tan escasos recursos, era difícil el pago de aquélla, y año hubo que, por negarse la gente a pagar, hubo que presentarse la tropa de caballería para asistir al recaudador, no consiguiendo más que exaltarla, como ocurrió con una señora, que arañó al recaudador al presentarse a cobrar en su casa, y algún otro que alborotaba contra ellos. ¡Cómo iban los pobres a pagar, si no tenían con qué hacerlo, pérdidas sus viñas por la filoxera y acaso llevadas sus cosechas por alguna tormenta, etc.! Seguramente que el buen recaudador tendría que ausentarse, sin poder cobrar, y los valientes soldados, mohinos, del inútil papel que habían desempeñado.